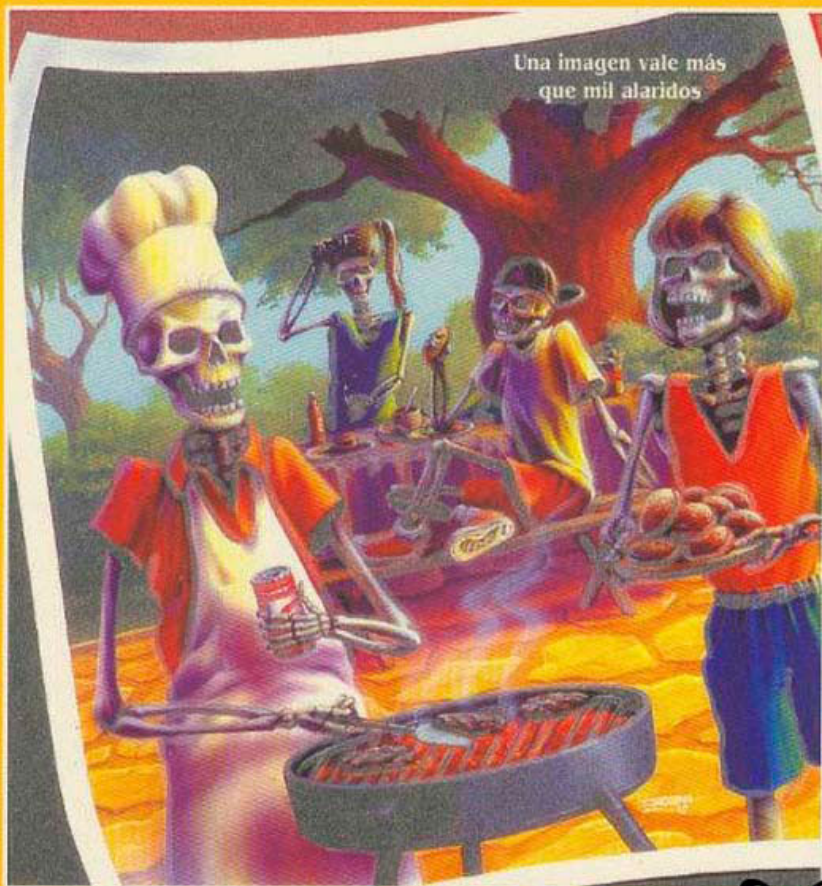


R.L. Stine

PesadillasTM

La sonrisa de la muerte

Una imagen vale más
que mil alaridos



de

Greg cree que la cámara fotográfica que sus amigos y él encontraron en una casa abandonada de las afueras de Pitts Landing tiene algo extraño. Las fotografías salen muy raras. El colmo fue aquella en la que el coche de su padre aparecía destrozado antes de que sufriera el accidente.

Sus amigos no creen esta historia, y Shari le obliga a que la traiga el día de su cumpleaños para sacar algunas fotografías.

Pero Shari no sale en las fotos. ¿Será que ha desaparecido de allí para siempre? ¿Quién será la próxima víctima... de la malvada cámara?



R. L. Stine

La sonrisa de la muerte

Pesadillas - 6

ePub r1.2

Titivillus 29.11.17

Título original: *Goosebumps #4: Say cheese and die!*

R. L. Stine, 1995

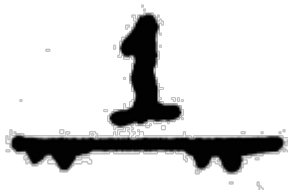
Traducción: Concha Pérez

Diseño portada: Estudio EDICIONES B

Editor digital: Titivillus

ePub base r1.2





—No hay nada que hacer en Pitts Landing —dijo Michael Warner, con las manos en los bolsillos de los tejanos desteñidos.

—Sí, aquí no hay nada que hacer —convino Greg Banks.

Doug Arthur y Shari Walker estuvieron de acuerdo.

Pitts Landing es el pueblo más aburrido del mundo. Según Greg y sus tres amigos éste era el lema del pueblo. En efecto, Pitts Landing no era muy diferente a muchos pueblos pequeños de calles tranquilas, prados sombreados y cómodas casas viejas.

Pues bien, era una tarde apacible de otoño y los cuatro amigos estaban en la entrada de la casa de Greg, preguntándose qué podían hacer: algo divertido y emocionante.

—Vamos a la tienda de Grover a ver si ya han llegado los nuevos condes —sugirió Doug.

—No tenemos dinero, Pájaro —le dijo Greg.

A Doug todos le llamaban Pájaro porque era muy parecido a un pájaro, pero aún hubiera sido mejor que le apodaran Cigüeña porque tenía las piernas largas y delgadas y daba grandes pasos, como de cigüeña. Bajo su espeso copete de pelo marrón, que rara vez peinaba, asomaban unos pequeños ojos de color café, de pájaro, y una nariz larga que se curvaba como un pico. A Doug realmente no le gustaba que le llamaran Pájaro, aunque se había acostumbrado.

—De todas maneras podemos ir a mirar los cómics —insistió Pájaro.

—Hasta que Grover empiece a dar berridos —dijo Shari. Infló las mejillas e hizo una buena imitación del brusco propietario de la

tienda—: «¡Pagáis o largo!»

—Él piensa que es buena persona —dijo Greg, riéndose de la imitación—. Es un idiota.

—Creo que la película *La fuerza X* llega esta semana —dijo Pájaro.

—Podrías ser un personaje de *La fuerza X* —dijo Greg, dándole a su compañero un amistoso empujón—. Tú serías el Hombre Pájaro. ¡Genial!

—Todos podríamos ser de *La fuerza X* —dijo Michael—. Si fuéramos superhéroes, probablemente tendríamos algo que hacer.

—No, no tendríamos nada que hacer —respondió rápidamente Shari—. No hay crímenes que combatir en Pitts Landing.

—Como no luchemos contra la maleza... —sugirió Pájaro. Él era el gracioso del grupo.

Todos se echaron a reír. Los cuatro eran amigos desde hacía tiempo. Greg y Shari vivían en casas contiguas, y sus padres eran muy amigos. Pájaro y Michael vivían en la siguiente manzana.

—¿Qué tal un partido de béisbol? —sugirió Michael—. Podríamos ir a la cancha.

—Imposible —dijo Shari—. No se puede jugar únicamente con cuatro personas. —Y echó hacia atrás un mechón de su encrespado cabello negro, que le había caído sobre la cara. Shari vestía una gran camiseta amarilla y unos pantalones de color verde claro.

—Probablemente encontremos otros chicos allí —dijo Michael cogiendo un puñado de gravilla del estacionamiento y dejándola caer entre sus dedos gordinflones. Michael era pelirrojo y tenía los ojos azules y la cara llena de pecas. No era exactamente gordo, pero tampoco se le podía considerar delgado.

—Vamos a jugar a béisbol —intervino Pájaro—. Yo necesito practicar. Mi Pequeña Liga empieza dentro de un par de días.

—¿Pequeña Liga? ¿En otoño? —preguntó Shari.

—Es una nueva liga de otoño. El primer partido es el martes, después del colegio —explicó Pájaro.

—Oye, iremos a verte —dijo Greg.

—Iremos a verte perder —añadió Shari. Su pasatiempo favorito era molestar a Pájaro.

—¿En qué posición juegas? —preguntó Greg.

—De portero —respondió Michael con humor.

Nadie se rió. Los chistes de Michael nunca hacían gracia.

Pájaro se encogió de hombros.

—Creo que de jardinero. ¿Y tú por qué no juegas, Greg?

Con sus anchos hombros y sus brazos y piernas musculosos, Greg era el atleta del grupo. Era rubio y bien parecido, con ojos verdosos centelleantes y una sonrisa amplia y amigable.

—Mi hermano Terry me iba a poner en la lista pero se olvidó —dijo Greg con expresión de disgusto.

—¿Dónde está Terry? —preguntó Shari. A ella le gustaba un poco el hermano mayor de Greg.

—Los sábados, después del colegio, trabaja en el Dairy Freeze —respondió Greg.

—¡Vamos al Dairy Freeze! —exclamó Michael con entusiasmo.

—¿No te acuerdas de que no tenemos dinero? —cortó Pájaro, malhumorado.

—Terry nos dará cucuruchos gratis —dijo Michael, mirando esperanzado a Greg.

—Sí. Cucuruchos gratis, pero sin helado —puntualizó Greg—. Ya sabes lo estricto que es mi hermano.

—Qué aburrimiento —se quejó Shari, mirando un petirrojo que saltaba por la acera—. Es un rollo estar aquí plantados hablando de lo aburridos que estamos.

—Nos podemos sentar y hablar de lo aburridos que estamos —sugirió Pájaro, torciendo la boca en una ridícula sonrisa que solía hacer cuando decía algo tonto.

—Vamos a movernos —insistió Shari. Se abrió paso a través del jardín y empezó a caminar, balanceando sus pompones blancos en el borde de la acera, moviendo los brazos como una *majorette*.

Los chicos la siguieron, imitando sus movimientos; todos se balanceaban caminando por el borde de la acera.

Un cocker spaniel muy particular salió apresuradamente de la cerca de los vecinos; ladraba inquieto. Shari se detuvo para acariciarlo. El perro, moviendo la cola vigorosamente, le lamió la mano unas cuantas veces. Luego perdió el interés y desapareció detrás de la cerca.

Los cuatro amigos continuaron recorriendo la manzana, empujándose juguetonamente el uno al otro. Cruzaron la calle y continuaron hacia el colegio. Un par de muchachos estaban

practicando tiros a la canasta, y unos niños jugaban a *kickball* en el diamante de béisbol, pero ellos no conocían a ninguno.

La calle se alejaba del colegio. Continuaron caminando, pasando por casas desconocidas. Luego, un poco más allá de una arboleda, se detuvieron y observaron un jardín con el césped muy alto; había maleza por todas partes, y los arbustos eran desiguales y demasiado crecidos.

En la parte alta del jardín, casi escondida entre la sombra de robles enormes y viejos, se veía una casa medio en ruinas, aunque se notaba claramente que en otro tiempo había sido magnífica. La casa tenía tres plantas, un porche elegante y tejado de doble vertiente, con chimeneas altas en cada lado. Pero las ventanas rotas de la segunda planta, las tejas resquebrajadas y manchadas por el tiempo, la ausencia de luces en el techo y los postigos sueltos en las ventanas, eran buena muestra de su abandono.

Todo el mundo en Pitts Landing la conocía como la casa de Coffman. Coffman era el nombre que aparecía en el buzón que se inclinaba en el asta roja en la parte delantera de la vivienda.

Pero la casa había sido abandonada hacía años, tantos que Greg y sus amigos siempre la habían conocido deshabitada.

A la gente le gustaba contar historias extrañas de la casa de Coffman: historias de fantasmas, de asesinatos y de cosas horribles que ocurrían allí. Lo más probable es que ninguna de esas historias fuera cierta.

—Eh, ya sé qué podemos hacer para divertirnos —dijo Michael, mirando la casa escondida bajo las sombras.

—¿Qué podemos hacer? —repitió Greg cautelosamente.

—Entrar en la casa de Coffman —respondió Michael, que ya empezaba a caminar por el jardín lleno de maleza.

—¿Estás loco? —gritó Greg, y se apresuró a detenerlo.

—Venga, entremos —insistió Michael, mirando la luz del sol de la tarde que se filtraba a través de los robles altos—. ¿No queríamos una aventura o algo emocionante? Pues adelante.

Greg miró con fijeza la casa, indeciso. Un escalofrío le recorrió la espalda.

Antes de que pudiera contestar, una figura saltó de entre la maleza y lo atacó.

2

Greg cayó hacia atrás.

—¡Ay! —gritó. Entonces se dio cuenta de que los otros se estaban riendo.

—¡Ese estúpido cocker spaniel! —gritó Shari—. Nos ha seguido.

—Vete a tu casa, perro. Vete a tu casa —dijo Pájaro para ahuyentar al perro.

El perro corrió hasta la acera, se dio vuelta y los miró fijamente mientras movía la cola con fuerza.

Todavía bajo los efectos del enorme susto, Greg se levantó lentamente, esperando que sus amigos lo consolaran. Pero ellos miraban pensativos la casa de Coffman.

—Sí, Michael tiene razón —dijo Pájaro, dándole fuertes palmadas a Michael en la espalda; éste retrocedió y se volvió para golpearlo—. Vamos a ver cómo es eso.

—Ni hablar —dijo Greg dando marcha atrás—. Es un sitio espantoso.

—¿Y qué? —lo retó Shari, uniéndose a Michael y Pájaro, quienes repitieron su pregunta.

—¿Y qué?

—Pues que... no sé —respondió Greg. No le gustaba ser el aguafiestas del grupo. Todo el mundo se burlaba siempre de lo sensato que era. Le hubiera gustado ser loco e impetuoso, pero al final siempre acababa siendo sensato.

—Pienso que no debemos entrar allí —dijo mirando a la vieja casa abandonada.

—Eres un gallina —dijo Pájaro.

—¡Gallina! —lo secundó Michael.

Pájaro comenzó a cacarear ruidosamente, metiéndose las manos en las axilas y aleteando con los brazos. Con sus ojos chiquitos y la nariz en forma de pico parecía una gallina.

Greg no quería reírse, pero no lo pudo evitar.

Pájaro siempre le hacía reír.

Al parecer el aleteo y el cacareo habían terminado la discusión. Los niños estaban detenidos al pie del escalón roto de cemento que llevaba al porche.

—Mirad. La ventana junto a la puerta de delante está rota —dijo Shari—. Nos podemos meter y abrir la puerta.

—Esto me gusta —dijo Michael con entusiasmo.

—¿De verdad vamos a entrar? —preguntó Greg, otra vez en su papel de chico sensato—. ¿Y qué hacemos con Spidey?

Spidey era un hombre raro, de unos cincuenta o sesenta años, que todos ellos habían visto merodeando por el pueblo. Vestía totalmente de negro y se movía de manera furtiva con sus piernas largas y delgadas. Parecía una araña negra y por eso los chicos lo llamaban Spidey.

Tal vez era un hombre sin hogar. Nadie sabía realmente nada acerca de él (de dónde venía, dónde vivía), aunque muchos chicos lo habían visto rondando por la casa de Coffman.

—Quizás a Spidey no le gustan las visitas —advirtió Greg.

Pero Shari ya se iba introduciendo a través de la ventana rota para quitarle el seguro a la puerta de entrada. Con un pequeño esfuerzo, giró el pestillo de cobre, y la pesada puerta de madera se abrió.

Fueron entrando uno por uno. Greg, que era el más reacio, iba el último. Estaba oscuro dentro de la casa. Sólo algunos finos haces de luz conseguían penetrar a través de los tupidos árboles del frente, creando pálidos círculos de luz en la alfombra de color café que tenían a sus pies.

El suelo rechinaba a medida que Greg y sus amigos caminaban por la sala, ocupada sólo por un par de cajas de cartón para comida, volcadas contra una pared.

«¿Serán los muebles de Spidey?», se preguntaba Greg.

La alfombra de la sala, tan raída como la de la entrada, tenía una mancha oscura y ovalada en el centro. Greg y Pájaro, parados

en el vano de la puerta, la descubrieron al mismo tiempo.

—¿Tú crees que será sangre? —preguntó Pájaro, con los ojillos brillando de emoción.

Greg sintió un escalofrío en la espalda.

—A mí me parece salsa de tomate —contestó. Pájaro se echó a reír y le palmoteo fuertemente en la espalda.

Shari y Michael estaban explorando la cocina. Miraban la gran mesa cubierta de polvo mientras que Greg se situaba detrás de ellos. Enseguida se dio cuenta de qué era lo que les había llamado la atención: dos gordos ratones grises detenidos delante de la mesa.

—Son bonitos —dijo Shari—. Parecen ratones de dibujos animados.

Su voz asustó a los roedores, que escaparon por el vertedero y se perdieron de vista.

—Son grotescos —dijo Michael con cara de disgusto—. Me parece que eran ratas y no ratones.

—Las ratas tienen la cola larga, y los ratones no —le dijo Greg.

—Seguro que eran ratas —murmuró Pájaro, empujándolos para llegar al pasillo. Desapareció hacia el frente de la casa.

Shari abrió un cajón que había encima de la mesa. Nada.

—Me imagino que Spidey nunca usa la cocina —dijo.

—Bueno, nunca he pensado que sea un jefe de cocina muy *gourmet* —bromeó Greg.

Greg siguió a su amiga por el largo y angosto comedor, tan desvencijado y lleno de polvo como las otras habitaciones. Una lámpara todavía colgaba del techo: era tal la costra de suciedad que la cubría, que resultaba imposible adivinar que estaba hecha de vidrio.

—Parece una casa encantada —dijo Greg lentamente.

—Uuuuh... —le respondió Shari.

—No hay mucho que ver aquí —se quejó Greg, siguiéndola de regreso al oscuro pasillo. A menos que te estremezcan los montones de polvo.

De repente, un fuerte crujido le hizo dar un salto.

Shari se echó a reír y le apretó el hombro.

—¿Qué ha sido eso? —gritó, incapaz de ocultar el miedo.

—En las casas viejas pasan cosas así —dijo ella—. Hacen ruido sin ninguna razón.

—Creo que nos debíamos ir —insistió Greg, avergonzado de nuevo por actuar como un miedoso—. Esto es muy aburrido.

—Es emocionante estar en un sitio donde uno no debe estar —dijo Shari, husmeando en un cuarto oscuro, probablemente un escondite o un estudio en alguna época.

—Supongo —respondió Greg, inseguro.

Los chicos se encontraron con Michael.

—¿Dónde está Pájaro? —preguntó Greg.

—Creo que ha bajado al sótano —respondió Michael.

—¿Al sótano?

Michael indicó hacia una puerta abierta que había a la derecha del pasillo.

—La escalera está allí.

Los tres se dirigieron hacia ella, y al llegar echaron una mirada en la oscuridad.

—¿Pájaro?

Desde las profundidades del sótano escucharon un alarido horrorizado.

—¡Socorro! ¡Me tiene atrapado! ¡Ayudadme!

3

—¡Me tiene atrapado! ¡Me tiene atrapado!

A los gritos aterrorizados de Pájaro, Greg empujó a Shari y Michael, que permanecieron inmóviles y boquiabiertos. Greg bajó volando los empinados escalones y le gritó a su amigo:

—¡Ya voy, Pájaro! ¿Qué te pasa?

Su corazón latía con violencia. Greg se detuvo al final de las escaleras; tenía los músculos agarrotados de pavor. Sus ojos buscaron frenéticamente a través de la vacilante luz que entraba por las ventanas del sótano cercanas al techo.

—¿Pájaro?

Allí estaba, sentado tranquilamente en un cubo metálico de basura volteado, con las piernas cruzadas y una amplia sonrisa en su cara de pájaro.

—Has picado —dijo suavemente, y soltó una carcajada.

—¿Qué ocurre? ¿Qué ha pasado? —gritaron Shari y Michael con voces asustadas mientras bajaban estruendosamente la escalera. Al final se detuvieron al lado de Greg.

Sólo tardaron unos segundos en comprender la situación.

—¿Otra broma estúpida? —preguntó Michael con la voz todavía temblorosa por el susto.

—Pájaro, ¿te has vuelto a burlar de nosotros? —preguntó Shari meneando la cabeza.

Contento con su jugarreta, Pájaro hizo una señal afirmativa con la cabeza y una mueca.

—Muchachos, sois de lo más fácil —se burló.

—Pero, Doug... —empezó Shari. Sólo lo llamaba Doug cuando

estaba enfadada con él—. ¿Nunca has oído hablar del pastorcillo mentiroso? ¿Qué pasa si un día te ocurre algo malo y tú realmente necesitas ayuda, y nosotros pensamos que nos estás gastando una broma?

—¿Qué podría suceder? —respondió Pájaro con chulería. Se levantó e hizo toda clase de gestos de un lado para otro del sótano.

—Mirad, está más claro aquí abajo que arriba.

Tenía razón. La luz procedente del patio trasero se introducía a través de cuatro ventanas grandes que había a nivel del suelo, cerca del techo del sótano.

—Sigo pensando que debemos irnos de aquí —insistía Greg, moviendo sus ojos rápidamente alrededor de la habitación desordenada.

Detrás del cubo de Pájaro había una mesa improvisada hecha de una tabla de madera apoyada en cuatro latas de pintura. Un colchón delgado, sucio y manchado descansaba contra la pared, y había una frazada desteñida doblada en la base.

—¡Spidey debe vivir aquí abajo! —exclamó Michael.

Pájaro empezó a dar patadas a un montón de cajas vacías de comida que estaban esparcidas por todo el suelo.

—Mirad, comida enlatada —exclamó—. ¿Dónde calienta Spidey esto?

—A lo mejor se come las cosas congeladas —sugirió Shari.

Shari se dirigió hacia un armario de roble y abrió las puertas.

—¡Uuff! ¡Esto es estupendo! —manifestó—. Mirad.

Sacó un abrigo de piel y se lo enrolló en los hombros.

—¡Estupendo! —repetía dándole vueltas al viejo abrigo.

Desde el otro lado de la habitación, Greg pudo ver que el armario estaba lleno de ropa vieja. Michael y Pájaro corrieron junto a Shari y comenzaron a sacar pantalones bombachos extraños, camisetas amarillentas con pliegues por delante, corbatas anchísimas, y bufandas y pañuelos de colores brillantes.

—Oíd, muchachos —dijo Greg con tono de exhortación—: ¿No creéis que esto le pertenece a alguien?

Pájaro retorció una boa roja cubierta de plumas y se la enrolló en el cuello y los hombros.

—Sí. Estos son los disfraces de Spidey —dijo socarronamente.

—Mirad este sombrero —dijo Shari, dándose la vuelta para

enseñar el sombrero de ala ancha, morado claro, que tenía puesto.

—¡Qué bonita! —exclamó Michael, examinando una larga capa azul—. Estas cosas por lo menos tienen veinticinco años. Es increíble. No entiendo cómo alguien ha podido dejar esto aquí.

—Pues tal vez regresen a por ellas —sugirió Greg.

Mientras sus amigos exploraban el contenido del armario, Greg recorría el otro lado del sótano. Un pequeño horno ocupaba el espacio opuesto; sus conductos estaban cubiertos de gruesas telarañas. Parcialmente ocultos por estos conductos, Greg pudo ver unas escaleras que probablemente conducían a una salida exterior.

En la pared contigua se alineaban estantes de madera desordenados, con viejos botes de pintura, trapos, periódicos y herramientas mohosas.

«El que haya vivido aquí debía de ser un hombre hábil», pensó Greg examinando una mesa de trabajo de madera que se encontraba frente a los estantes. En el borde de la mesa de trabajo había un tornillo metálico. Greg giró el tornillo esperando que los bordes se abrieran.

Para su sorpresa, a medida que giraba el tornillo, la puerta que estaba justo encima de la mesa de trabajo se abría. Greg abrió la puerta completamente y descubrió una repisa secreta escondida.

Sobre la repisa había una máquina fotográfica.

4

Durante un buen rato, Greg se quedó mirando fijamente la máquina.

Algo le decía que la habían escondido por alguna razón.

Algo le decía que no debía tocarla. Debía cerrar la puerta secreta y alejarse.

Pero no pudo resistirse.

Caminó hasta la repisa escondida y cogió la máquina en sus manos.

La máquina salió fácilmente. Luego, para sorpresa de Greg, la puerta se cerró con violencia haciendo un ruido fuerte.

«Extraño», pensó mientras daba vuelta a la cámara en sus manos.

«Qué sitio tan raro para dejar una máquina. ¿Por qué la pondrían aquí? Y si es lo suficientemente valiosa para esconderla en un mueble secreto, ¿por qué no se la llevaron?»

Greg examinó la máquina con ansiedad. Era grande y sorprendentemente pesada, con un objetivo largo. «Posiblemente un teleobjetivo», pensó.

A Greg le gustaban mucho las cámaras. Tenía una automática barata, que hacía buenas fotos instantáneas. Pero estaba ahorrando un poco de dinero con la esperanza de comprar una buena máquina con muchos objetivos.

Le encantaba mirar revistas de cámaras, estudiar los diferentes modelos para escoger las que le gustaría comprar.

Algunas veces soñaba despierto con viajar alrededor del mundo, ir a lugares asombrosos, a las cimas de las montañas y a ríos

selváticos escondidos. Haría fotos de todo cuanto viera y se volvería un fotógrafo famoso.

La cámara que Greg tenía en su casa era muy pequeña. Por eso todas las fotos salían muy oscuras o muy claras, y toda la gente aparecía con puntos rojos en los ojos.

Greg se preguntaba si esa máquina funcionaría.

Llevó el visor a sus ojos y miró alrededor del cuarto. Se dirigió hacia donde Michael, que se había puesto dos boas de plumas amarillas y un sombrero blanco y se había subido a la parte más alta de la escalera para posar.

—¡Espera un momento! —gritó Greg, poniéndose más cerca y subiendo la cámara—. Déjame hacerte una foto, Michael.

—¿Dónde has encontrado eso? —preguntó Pájaro.

—¿Está cargada? —preguntó Michael.

—No sé —dijo Greg—. Vamos a ver.

Michael se apoyó contra la barandilla e hizo una especie de pose sofisticada.

Greg apuntó con la cámara, enfocó cuidadosamente y puso un dedo en el disparador.

—¿Visto? Venga, sonrío.

—Bahhhh —dijo Michael, haciendo muecas a Greg mientras se mantenía en pose contra la barandilla.

—Muy gracioso con tus muecas, Michael —dijo Pájaro sarcásticamente.

Greg centró a Michael en el visor y presionó el disparador.

Se oyó un ruido en la máquina y se encendió el flas.

Luego sonó un sonido electrónico. Se abrió una ranura en la base y una cartulina se deslizó hacia fuera.

—¡Mirad, es una cámara de revelado automático! —exclamó Greg. Tiró de la cartulina hacia fuera y la examinó—. La foto se está empezando a revelar.

—Déjame ver —pidió Michael, recostado en la escalera.

Antes de que pudiera empezar a bajar las escaleras, todos escucharon un fuerte estrépito.

Buscaron con la mirada el lugar del que procedía el ruido y vieron la barandilla rota; Michael salía volando por encima del borde.

—¡Nooooo! —gritó Michael mientras caía al suelo, con los

brazos extendidos y las boas de plumas volando tras él como si fuera la cola de un animal.

Dio vueltas en el aire y luego cayó de espaldas contra el duro suelo de cemento; tenía los ojos fijos de espanto.

—¡Ay, ay, mi tobillo! —se quejaba agarrándose el tobillo lastimado, jadeando ruidosamente. Le dolía mucho al tocarlo.

—¡Aaaayyy, mi tobillo!

Con la máquina y la foto en la mano, Greg echó a correr hacia Michael. Shari y Pájaro hicieron lo mismo.

—Iremos a buscar ayuda —le dijo Shari a Michael, que todavía estaba caído en el suelo y se quejaba de dolor.

Pero luego oyeron crujir el techo.

Pasos. En el piso de arriba.

Alguien estaba en la casa.

Alguien se acercaba a las escaleras del sótano.

Iba a atraparlos.



Los pasos de arriba se hicieron más fuertes.

Los cuatro amigos intercambiaron miradas aterrorizadas.

—Tenemos que salir de aquí —susurró Shari.

El techo crujió.

—¡No me podéis dejar aquí! —protestó Michael, arrastrándose hasta quedar sentado.

—Rápido, levántate —le ordenó Pájaro.

Michael hizo un esfuerzo.

—No me puedo apoyar en este pie.

Tenía una expresión de pánico en la cara.

—Te ayudaremos —dijo Shari dirigiendo la mirada hacia Pájaro —. Yo lo llevo de un brazo. Tú lo llevas del otro.

Pájaro se movió obedientemente hacia delante y puso el brazo de Michael sobre su hombro.

—Listo, vámonos —susurró Shari, sosteniendo a Michael del otro lado.

—Pero ¿cómo salimos de aquí? —preguntó Pájaro.

Los pasos se oían cada vez más fuertes. El techo crujió con el peso de las pisadas.

—No podemos subir las escaleras —susurró Michael, recostado en Shari y Pájaro.

—Hay otra escalera detrás del horno —dijo Greg, señalándola.

—¿Lleva hacia fuera? —preguntó Michael, que seguía con dolor en el tobillo.

—Es posible que sí.

Greg iba delante.

—Ya podéis ir rezando para que la puerta no tenga candado o algo por el estilo.

—Estamos rezando, estamos rezando —dijo Pájaro.

—Debemos salir —dijo Shari, gimiendo por el peso del brazo de Michael.

Recostado en Shari y Pájaro, Michael fue cojeando detrás de Greg, y caminaron hacia las escaleras que había detrás del horno. Conducían a unas puertas dobles en madera, a nivel del suelo.

—No veo ningún candado —dijo Greg cautelosamente—. Por favor, puertas, ¡abrílos!

—Eh, ¿quién está ahí abajo? —se oyó la voz furiosa de un hombre detrás de ellos.

—Es... es... Spidey —tartamudeó Michael.

—¡Rápido! —apremió Shari, dando un empujón a Greg—. ¡Vamos!

Greg dejó la cámara en el escalón de arriba. Luego alcanzó las manijas de la puerta doble.

—¿Quién está ahí abajo?

Spidey parecía más cerca y más enojado.

—A lo mejor las puertas están cerradas desde fuera —susurró Greg, indeciso.

—¡Empújalas, hombre! —suplicó Pájaro.

Greg cogió aliento y empujó con todas sus fuerzas. Las puertas no se movieron.

—Estamos encerrados —les dijo a sus amigos.

6

—¿Y ahora qué? —lloriqueó Michael.

—Inténtalo una vez más —apremió Pájaro a Greg—. Es posible que sólo estén atascadas.

Pájaro se deslizó bajo el brazo de Michael.

—Déjame ayudarte.

Greg se desplazó a un lado para que Pájaro pudiera colocarse a su lado.

—¿Listo? —preguntó—. Uno, dos, tres. ¡Empuja!

Los dos chicos empujaron las pesadas puertas con todas sus fuerzas.

Las puertas se abrieron.

—¡Listo! ¡Ya podemos salir de aquí! —afirmó Shari, feliz.

Greg recogió la cámara; iba dirigiendo la salida. El patio trasero estaba tan lleno de maleza como el jardín de delante. Una rama enorme se había caído del viejo roble, probablemente durante una tormenta, y yacía en el suelo, apoyada en el árbol.

Como pudieron, Pájaro y Shari arrastraron a Michael por las escaleras hasta fuera.

—Intenta caminar —dijo Pájaro.

Todavía recostado en ambos, Michael puso el pie en el suelo. Lo levantó. Luego lo apoyó nuevamente.

—Me siento un poco mejor —dijo sorprendido.

—Entonces vámonos —dijo Pájaro.

Los muchachos corrieron hacia los arbustos que habían crecido demasiado a un lado del jardín; Michael caminaba solo y se apoyaba cuidadosamente en el tobillo lastimado, tratando de

seguirlos como podía. Luego, a un lado de la cerca, se abrieron paso hacia el centro del jardín.

—¡Muy bien! —gritó Pájaro muy contento cuando llegaron a la calle—. ¡Lo hemos conseguido!

Tomando aliento, Greg se detuvo en la acera y se giró para mirar la casa.

—¡Mirad! —gritó mientras señalaba hacia la ventana de la sala.

Había una figura oscura en la ventana, con las manos colocadas en los cristales.

—Es Spidey —dijo Shari.

—Nos está mirando —comentó Michael.

—Qué extraño —añadió Greg—. Vámonos.

No se detuvieron hasta llegar a la casa de Michael, una vivienda amplia de estilo rústico con un sombreado jardín de entrada.

—¿Cómo tienes el tobillo? —preguntó Greg.

—Ya estoy mejor. Ya casi no me duele —dijo Michael.

—¡Hubieran podido matarte! —agregó Pájaro limpiándose el sudor de la frente con la manga de la camiseta.

—Gracias por recordármelo —dijo Michael con aspereza.

—Por suerte estás bien acolchado —le dijo Pájaro para molestarlo.

—Cállate —murmuró Michael.

—Bueno, muchachos. ¿No queríais aventura? —dijo Shari apoyándose contra el tronco de un árbol.

—Ese Spidey es desde luego muy raro —dijo Pájaro sacudiendo la cabeza.

—¿Te diste cuenta de cómo nos miraba? —preguntó Michael—. Y además vestido todo de negro. Parecía un zombi.

—Nos vio —dijo Greg con suavidad, sintiendo de repente un poco de terror—. Nos vio claramente. Creo que lo mejor es que nos mantengamos alejados de allí.

—¿Por qué? —preguntó Michael—. Ni siquiera es su casa. Él simplemente duerme allí. Podríamos denunciarle a la policía.

—Pero si está loco o algo por el estilo, armará una gorda —contestó Greg pensativo.

—No va a hacer nada —dijo Shari con calma—. Spidey no

quiere meterse en líos. Lo que quiere es que lo dejen en paz.

—Sí —aprobó Michael rápidamente—. Lo que no quería es que nos metiéramos con sus cosas. Por eso nos gritó y nos persiguió. —Michael estaba un poco inclinado, pasándose la mano por el tobillo—. Eh, ¿dónde está mi foto? —preguntó mientras se enderezaba y se dirigía hacia Greg.

—¿Qué?

—Sí, nos hiciste una foto con la máquina.

—Ah, sí —dijo Greg recordando de repente que todavía tenía la cámara amarrada a la mano. La colocó en el césped con cuidado y se palpó el bolsillo.

—Me la guardé cuando empezamos a correr —explicó.

—¿Había salido? —preguntó Michael.

Los tres se amontonaron alrededor de Greg para ver la fotografía.

—¡Eh, esperad un momento! —gritó Greg, mirando fijamente la foto pequeña y cuadrada—. Algo no marcha. ¿Qué pasa aquí?

7

Los cuatro amigos se quedaron boquiabiertos ante la fotografía que Greg sostenía en la mano.

La máquina había sacado una foto de Michael en el aire, cuando caía al suelo a través de la barandilla rota.

—¡Eso es imposible! —gritó Shari.

—¡Tú hiciste la foto antes de que me cayera! —dijo Michael, arrebatándole a Greg la foto para poder estudiarla de cerca—. Lo recuerdo.

—No te acuerdas bien —dijo Pájaro, acercándose para mirarla otra vez por encima del hombro de Michael.

—Ya te estabas cayendo, tío. Qué foto de acción más buena.

Greg recogió la cámara.

—Robaste una buena máquina, Greg.

—No la robé —comenzó Greg—. Quiero decir que no me di cuenta.

—¡No me estaba cayendo! —insistió Michael, inclinando la foto en su mano y estudiándola desde todos los ángulos—. Estaba posando, ¿os acordáis? Hacía una ridícula sonrisa y estaba posando.

—Yo recuerdo la sonrisa estúpida —dijo Pájaro devolviéndole la cámara a Greg—. ¿Tienes otra cara?

—No me parece gracioso, Pájaro —comentó Michael, y se metió la foto en el bolsillo.

—Qué extraño —dijo Greg. Dio un vistazo al reloj—. Me tengo que ir.

Les dijo adiós y se dirigió a su casa. El sol de la tarde se ocultaba detrás de un grupo de palmeras y proyectaba sombras sobre la

acera.

Le había prometido a su madre que arreglaría la habitación y que le ayudaría a pasar el aspirador antes de la comida. Llegaba tarde.

Mientras trotaba hacia su casa a través del césped del vecino, se preguntaba de quién sería el coche aparcado en la calle.

Era un Taurus color azul marino. Completamente nuevo.

«¡Papá ha recogido el nuevo coche!», pensó de pronto.

«¡Maravilloso!» Greg se detuvo para admirarlo. Todavía tenía la etiqueta de seguridad pegada en el cristal de la puerta. Abrió la del conductor, se deslizó hacia dentro y olió la tapicería de vinilo.

«Mmmm. Olor a coche nuevo.»

Inhaló profundamente otra vez. Olía muy bien. Era un olor fresco y nuevo.

Cerró la puerta con fuerza y sonó un golpe seco.

«Qué excelente automóvil», pensó emocionado.

Se llevó la máquina a los ojos y se alejó unos pasos de la entrada del garaje.

«Tengo que hacer una foto al coche para recordar cómo era cuando estaba completamente nuevo.»

Retrocedió hasta que tuvo enmarcado todo el perfil del vehículo en el visor. Luego presionó el disparador.

Al igual que la primera vez, la cámara sonó fuertemente, se encendió el flas y, con un sonido electrónico, una foto cuadrada, gris y amarilla, sin revelar, salió de la parte de abajo de la cámara.

Con la máquina y la foto en las manos, Greg echó a correr y entró por la puerta principal.

—¡Ya he llegado! —gritó—. Bajo dentro de un minuto. —Y corrió por las escaleras alfombradas hacia su cuarto.

—¿Greg, eres tú? Papá está en casa —dijo su madre desde abajo.

—Ya lo sé. Enseguida bajo. Siento llegar tarde —contestó Greg.

Decidió que lo mejor era esconder la cámara. «Si mamá o papá la ven querrán saber dónde la conseguí y no sabré qué contestarles.»

—Greg, ¿has visto el coche nuevo? ¿Bajas ya? —Su madre lo llamó impaciente desde las escaleras.

—¡Ya voy! —gritó.

Sus ojos buscaban frenéticamente un buen escondite.

¿Debajo de la cama?

No. Su madre podría pasar el aspirador por debajo y descubrirla.

Entonces recordó el compartimiento secreto de la cabecera de su cama. Lo había descubierto años atrás, cuando sus padres le habían comprado un dormitorio. Rápidamente escondió la máquina.

Se miró en el espejo del tocador, dio una rápida cepillada a la ropa, se limpió con la mano una mancha de hollín de la mejilla y salió.

Se detuvo en el vano de la puerta.

La foto del coche. ¿Dónde la había puesto?

Tardó unos segundos en recordar que la había tirado en la cama. Como sentía curiosidad por saber qué tal había salido, entró de nuevo para recuperarla.

—¡Oh, no!

Soltó un débil grito mientras miraba la fotografía.



«¿Qué está pasando aquí?», se preguntó Greg.

Miró la foto de cerca.

«¿Cómo puede ser esto?», pensó.

El Taurus azul de la foto estaba hecho un desastre. Parecía como si hubiera sufrido un terrible accidente. El cristal panorámico estaba destrozado. El metal retorcido y doblado. La puerta del lado del conductor hundida.

¡El coche estaba escacharrado!

—Esto es imposible —articuló Greg en voz alta.

—Greg, ¿dónde estás? —lo llamó su madre—. Todos tenemos hambre y tú nos estás haciendo esperar.

—Lo siento —respondió, incapaz de quitar sus ojos de la fotografía—. Ya voy.

Metió la fotografía en el cajón de su mesita de noche y bajó las escaleras. La imagen del coche destrozado le martillaba en la cabeza.

Sólo para asegurarse, cruzó la sala y miró a través de la ventana hacia la calle.

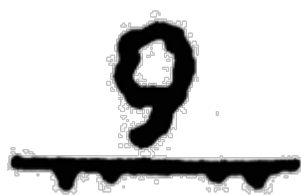
Allí estaba el coche, resplandeciente bajo la luz del sol que se ocultaba. Lustroso y perfecto.

Se dio la vuelta y caminó hacia el comedor, donde su hermano y sus padres ya estaban sentados.

—El coche nuevo es precioso, papá —dijo Greg, tratando de alejar la imagen de la foto de sus pensamientos.

Pero continuaba viendo el metal retorcido, la puerta del conductor hundida y el cristal panorámico destrozado.

—Después de comer —anunció contento el padre de Greg—, os voy a llevar a dar una vuelta en el coche nuevo.



—Mmm. Este pollo está delicioso, mamá —dijo Terry, el hermano de Greg, masticando mientras hablaba.

—Gracias por el cumplido —dijo la señora Banks muy seria—, pero es carne de ternera y no de pollo.

Greg y su padre soltaron una carcajada. Terry se sonrojó.

—Bueno —dijo todavía masticando—, es una carne de ternera deliciosa, sabe a pollo.

—No sé por qué me preocupo por cocinar —suspiró la señora Banks.

El señor Banks cambió de tema.

—¿Cómo van las cosas en el Dairy Freeze? —preguntó.

—Esta tarde se nos ha acabado la vainilla —dijo Terry, ensartando una patata con el tenedor y metiéndosela entera en la boca. La masticó brevemente y se la tragó—. La gente estaba molesta por eso.

—Creo que no puedo ir a dar el paseo —dijo Greg, mirando su comida, que apenas si había tocado.

—¿Por qué no? —preguntó su padre.

—Bueno... —Greg buscaba alguna buena excusa. Necesitaba inventar una, pero su mente estaba en blanco. No podía decirles la verdad.

No podía decirles que había hecho una foto de Michael, y que ésta lo mostraba a él cayendo. Unos segundos después, Michael se había caído.

Ahora había hecho una foto del coche nuevo. Éste aparecía destrozado en la foto.

En realidad Greg no sabía lo que esto significaba. Sin embargo, de pronto experimentaba un poderoso sentimiento de miedo, de pavor, de... no sabía qué.

Un molesto presentimiento que nunca había tenido hasta entonces.

No les podía contar nada de esto. Era demasiado fantástico, demasiado extravagante.

—Había quedado en ir a casa de Michael —mintió, con la mirada clavada en el plato.

—Bueno, llámalo y dile que os veréis mañana —dijo el señor Banks mientras cortaba un pedazo de ternera—. Eso no es problema.

—Bueno, lo que pasa es que no me encuentro muy bien —dijo Greg.

—¿Qué te sucede? —preguntó la señora Banks con inmediato interés—. ¿Tienes fiebre? Cuando has venido estabas muy colorado.

—No —contestó molesto Greg—. No tengo fiebre. Lo único que pasa es que estoy algo cansado y no tengo mucha hambre.

—¿Puedo comerme tu pollo... digo ternera? —preguntó Terry ansioso. Extendió la mano con el tenedor a través de la mesa y cogió la chuleta del plato de Greg.

—Un buen paseo te sentará bien —dijo el padre de Greg, mirándolo con incredulidad—. Toma un poco de aire fresco. Te puedes estirar en la parte de atrás si quieres.

—Pero, papá... —Greg se detuvo. Había utilizado todas las excusas que se le habían ocurrido. Nunca se creerían que un sábado por la noche tenía que quedarse en casa para hacer los deberes.

—Vienes con nosotros y se acabó —dijo el señor Banks estudiando a Greg de cerca—. Estabas muerto de impaciencia por el nuevo coche. Realmente no entiendo qué te pasa.

«Tampoco yo», admitió Greg para sí.

«No entiendo nada. ¿Por qué estoy tan asustado de subir en el nuevo coche? Sólo porque pasa algo raro con esta estúpida máquina de fotos.

»Me estoy portando como un idiota», pensó Greg, tratando de desechar el sentimiento de miedo que le había quitado el apetito.

—De acuerdo, papá. Estupendo —dijo forzando una sonrisa.

—¿Quedan más patatas? —preguntó Terry.

10

—Es muy fácil de conducir —dijo el señor Banks, acelerando en la rampa de entrada a la autopista—. Se conduce como si fuera un coche pequeño.

—Papá, aquí atrás hay mucho sitio —dijo Terry, deslizándose hacia abajo en el asiento trasero al lado de Greg y levantando las rodillas por encima del respaldo del asiento delantero.

—¡Eh, mirad, hay un portabebidas que sale del tablero! —exclamó la madre de Greg—. ¡Qué bonito!

—Brutal, mamá —dijo burlonamente Terry.

—Bueno, nunca habíamos tenido un portabebidas —respondió la señora Banks. Se giró hacia los dos muchachos—. ¿Tenéis puestos los cinturones de seguridad? ¿Funcionan bien?

—Sí, están bien —respondió Terry.

—Los revisaron en el local de exposición, antes de coger el coche —dijo el señor Banks, haciendo la señal de que iba a pasar hacia el carril izquierdo.

Pasó un camión haciendo ruido y arrojando una nube de humo tras de sí. Greg miraba fijamente por el parabrisas. La ventana de su lado aún tenía el adhesivo protector del cristal.

El señor Banks entró en la autopista de cuatro carriles, prácticamente vacía, que se dirigía hacia el este. El sol del atardecer era una bola roja en el horizonte, en un cielo grisáceo.

—Métele caña —sugirió Terry, inclinándose un poco hacia delante—. A ver qué tal.

El señor Banks hundió obediente el pie en el acelerador.

—Creo que la velocidad máxima son ciento veinte kilómetros

por hora —dijo.

—Despacio —advirtió la señora Banks—. Sabes que la velocidad permitida son cien.

—Es sólo para probarlo —se defendió el padre de Greg—. Para ver si la transmisión se salta o algo así.

Greg miraba el cuentakilómetros brillante. Ya iban a ciento treinta.

—Conduce más despacio —insistió la señora Banks—. Te estás comportando como un adolescente alocado.

—¡Así soy yo! —respondió el señor Banks riéndose—. ¡Brutal! —dijo imitando a Terry e ignorando la petición de su esposa de conducir más despacio.

Pasaron volando junto a dos coches pequeños en el carril de la derecha. Las luces de los coches que venían en la dirección contraria se veían como manchas blancas en la noche oscura.

—Oye Greg, estás muy silencioso —dijo su madre—. ¿Te encuentras bien?

—Sí, estoy bien —dijo Greg suavemente.

Querían que su padre redujera la velocidad. Ya iban a ciento treinta y cinco.

—¿Qué te parece, Greg? —preguntó el señor Banks, conduciendo con la mano izquierda al tiempo que buscaba con la derecha en el tablero—. ¿Dónde está la luz? Tengo que encender las luces.

—El coche es fabuloso —contestó Greg, tratando de que su voz sonara llena de entusiasmo. Pero Greg no podía quitarse el miedo, no podía sacarse de la cabeza la foto del coche destruido.

—¿Dónde está el estúpido botón de la luz? Tiene que estar en alguna parte —dijo el señor Banks.

Al mirar al salpicadero, el coche se fue hacia la izquierda.

—¡Cuidado con ese camión, papá! —gritó Greg.



Se oyó el sonido del claxon.

Una poderosa ráfaga de viento pasó al lado del coche como si una ola del mar los hubiera rozado.

El señor Banks desvió el vehículo hacia la derecha. El camión pasó por el lado, estrepitosamente.

—Perdón —dijo el papá de Greg con la mirada hacia el frente; reducía la velocidad... cien, noventa.

—Te dije que fuéramos más despacio —lo amonestó la señora Banks, sacudiendo la cabeza—. ¡Hubiéramos podido matarnos!

—Estaba tratando de encontrar las luces —explicó—. Ah, aquí están. En el volante.

Encendió las luces.

—¿Estáis bien, muchachos? —preguntó el señor Banks al tiempo que les echaba una mirada.

—Sí, estoy bien —dijo Terry, que se veía un poco asustado. El camión había estado a punto de embestir el coche por el lado donde él iba.

—Yo también estoy bien —dijo Greg—. ¿Por qué no volvemos?

—¿No quieres que sigamos? —preguntó el señor Banks, incapaz de ocultar su malestar—. Había pensado en ir a Santa Clara, parar allí a comernos un helado o tomar algo.

—Greg tiene razón —le dijo suavemente la señora Banks a su esposo—. Por hoy ya basta. Volvamos a casa.

—El camión no nos ha pasado tan cerca —porfió el señor Banks. Pero obedeció y cogieron el camino de vuelta.

Más tarde, sano y salvo en su habitación, Greg sacó la foto del

cajón y la examinó. Allí seguía el coche con el lado del conductor hundido y el cristal panorámico roto.

—Muy extraño —dijo en voz alta, y puso la foto en el compartimiento secreto de la cabecera de la cama, donde guardaba la cámara—. Realmente muy extraño.

Sacó la máquina de su escondite y le dio vuelta en sus manos.

Decidió probar una vez más.

Se dirigió hacia el tocador y apuntó hacia el espejo.

«Me voy a hacer una foto en el espejo», pensó.

Levantó la cámara. Luego cambió de idea. Se dio cuenta de que eso no funcionaría. Se reflejaría la luz del flas y no saldría la foto.

Tomó la máquina con una mano y fue a la habitación de Terry.

Su hermano estaba sentado en su mesa, escribiendo algo en el ordenador, y tenía la cara bañada por la luz azul de la pantalla.

—Terry, ¿puedo hacerte una foto? —preguntó Greg tímidamente, con la cámara en la mano.

Terry escribió otro poco y luego miró por encima de la pantalla.

—¿Dónde has conseguido esa máquina de fotos?

—Esto... me la ha prestado Shari —respondió Greg rápidamente. A él no le gustaba decir mentiras, pero no tenía ganas de explicarle a Terry que él y sus amigos se habían metido en la casa Coffman, donde había conseguido la cámara.

—Bueno, ¿te hago una foto? —preguntó Greg.

—A lo mejor te escacharro la máquina —bromeó Terry.

—Creo que ya está estropeada —le contestó Greg—. Por eso quiero probarla contigo.

—No hay problema —dijo Terry sacando la lengua y bizqueando.

Greg apretó el disparador. Una foto sin imagen todavía empezó a salir por la ranura delantera de la cámara.

—Gracias. Nos vemos —dijo Greg, y se dirigió a la puerta.

—Oye, ¿no la puedo ver? —le gritó Terry.

—Si sale te la enseño —dijo Greg, y se dirigió corriendo a su habitación.

Se sentó en el borde de la cama, se puso la foto en el regazo y empezó a mirarla atentamente a medida que iban apareciendo los colores. Los amarillos eran los primeros en surgir. Luego los rojos, y después las sombras azuladas.

—¡Uau! —exclamó Greg cuando apareció ante su vista la cara de su hermano—. No cabe duda de que aquí hay algo muy raro.

En la foto, los ojos de Terry no estaban torcidos ni sacaba la lengua.

Su expresión era de terror.

Cuando empezó a aparecer el fondo de la foto, Greg se llevó otra sorpresa. Terry no estaba en su habitación. Estaba en la calle. Había árboles al fondo. Y una casa.

Greg miró la casa. Le resultaba muy conocida.

Se trataba de la casa que quedaba frente al campo de juego.

Volvió a mirar la expresión de terror en la cara de Terry. Luego metió la foto y la cámara en el compartimiento secreto de la cabecera de la cama y lo cerró cuidadosamente.

Mientras se cambiaba pensó que la máquina tenía que estar estropeada.

No encontraba otra explicación mejor.

Acostado en la cama y mirando las sombras cambiantes del techo, decidió que no seguiría pensando más en ello.

No valía la pena preocuparse por una máquina de fotos estropeada.

El martes por la tarde, después de salir del colegio, Greg corrió a encontrarse con Shari en el campo de juego para ver el partido de la Pequeña Liga de Pájaro.

Era una tarde cálida y el sol brillaba en un cielo sin nubes. El césped del campo, recién cortado impregnaba el aire de ese agradable olor.

Greg cruzó el césped y entrecerró los ojos para buscar a Shari bajo el sol brillante. Los dos equipos estaban calentando a los lados del diamante, gritando y riéndose; se oía también el ruido de las bolas golpeando los guantes.

Algunos padres y muchos niños habían ido a ver el partido. Unos estaban de pie por ahí y otros sentados en las primeras filas de las gradas.

Greg divisó a Shari detrás de la pared del límite de juego y le hizo señas.

—¿Has traído la máquina? —preguntó emocionada mientras

corría a saludarlo.

Greg levantó la máquina de fotos.

—¡Estupendo! —exclamó ella, haciendo un gesto de felicidad. Alargó la mano.

—Creo que está estropeada —dijo Greg sosteniendo la cámara—. Las fotos no salen bien. No me lo explico.

—A lo mejor no son las fotos sino el fotógrafo —dijo Shari para molestarlo.

—Tal vez te haga una foto comiéndote tus asquerosas palabras —amenazó Greg, y levantó la cámara a la altura de los ojos.

—Más bien yo te haga una foto comiéndote la cámara —dijo Shari alegremente.

Se acercó a Greg y le quitó la máquina de las manos.

—¿Para qué la quieres? —preguntó Greg, tratando infructuosamente de recuperarla.

Shari dobló el brazo y le impidió alcanzarla.

—Quiero hacer una foto de Pájaro cuando esté bateando. Parece un avestruz.

—Te he oído —dijo Pájaro, que apareció detrás de ellos; fingía que estaba molesto.

Se veía ridículo con el uniforme blanco almidonado. La camisa le quedaba demasiado grande y los pantalones demasiado cortos. La gorra era lo único que le sentaba bien. Era azul y tenía pintado un delfín plateado junto a las palabras: «Delfines de Pitts Landing».

—¿Qué clase de nombre es ése para un equipo de béisbol? —preguntó Greg, dándole la vuelta a la gorra de Pájaro.

—Es que ya no había más gorras —respondió Pájaro—. Podíamos escoger entre los Céfiros y los Delfines. Como ninguno de nosotros sabía qué eran céfiros, escogimos los delfines.

Shari lo miró de arriba abajo.

—Chicos, deberíais jugar con ropa corriente.

—Gracias por los ánimos —respondió Pájaro. Al descubrir la cámara, la cogió—. ¿Tiene carrete?

—Creo que sí —dijo Greg—. Déjame ver.

Intentó agarrar la cámara, pero Pájaro lo esquivó rápidamente.

—Oye, Greg, ¿vas a compartir esta cosa? —preguntó.

—A santo de qué —dijo Greg, e intentó agarrar la máquina otra vez. Pájaro lo esquivó de nuevo.

—Todos arriesgamos la vida en ese sótano, ¿verdad? —dijo Pájaro—. Debemos compartirla.

—Bueno... —Greg no había pensado en eso—. Tal vez tengas razón, Pájaro. Pero yo fui el que la encontró. Así que...

Shari le quitó a Pájaro la cámara de las manos.

—Le dije a Greg que la trajera para hacerte una foto cuando estés en acción.

—¿Como un ejemplo de buen estado físico?

—Como un mal ejemplo —dijo Shari.

—Estáis envidiosos —respondió Pájaro frunciendo el ceño—, porque yo soy un deportista nato mientras que vosotros no podéis cruzar una calle sin iros de narices.

Pájaro se giró la gorra, poniendo lo de atrás hacia delante.

—¡Oye, Pájaro, ven aquí! —lo llamó uno de los entrenadores desde el campo de juego.

—Me voy —dijo Pájaro, haciéndoles una seña; luego se fue trotando hacia donde estaban sus compañeros de equipo.

—No, espera. Déjame hacerte una foto rápidamente —dijo Greg.

Pájaro se detuvo, y se giró para posar.

—No, la hago yo —insistió Shari.

Levantó la cámara a la altura de los ojos, apuntando a Pájaro. De repente Greg agarró la máquina.

—¡Déjame hacerla a mí!

Y la cámara se disparó. Primero se oyó un clic, y luego se disparó el flas.

Empezó a salir una foto sin revelar.

—¿Por qué has hecho eso? —preguntó Shari, furiosa.

—Perdona —dijo Greg—. No era mi intención.

Shari sacó la foto.

Greg y Pájaro se acercaron para verla, a medida que se iba revelando.

—¿Qué diablos es eso? —gritó Pájaro, mirando fijamente el pequeño cuadrado en el que los colores se iban haciendo más nítidos.

—¡Uuaau! —gritó Greg.

La foto mostraba a Pájaro inconsciente en el suelo, con la boca abierta y torcida, el cuello doblado en un ángulo peligroso y los ojos fuertemente cerrados.

12

—¿Qué le pasa a esta estúpida máquina? —preguntó Pájaro, arrebatándole a Shari la foto. Le dio la vuelta y la examinó—. Está desenfocada, o algo por el estilo.

—Es extraño —dijo Greg, sacudiendo la cabeza.

—¡Oye, Pájaro, ven aquí! —gritó el entrenador de los Delfines.

—¡Ya voy! —Pájaro le devolvió a Shari la fotografía y se fue trotando adonde estaban sus compañeros.

Se oyeron unos pitidos. Los dos equipos detuvieron el juego y se dirigieron a los bancos que había al lado de la línea de la tercera base.

—¿Cómo pudo ocurrir esto? —le preguntó Shari a Greg, protegiéndose los ojos del sol con una mano y sosteniendo la foto con la otra—. De verdad parece como si Pájaro estuviera tirado en el suelo, apalizado o herido. Pero él estaba de pie frente a nosotros.

—De verdad que no lo entiendo —respondió Greg pensativo—. La cámara siempre hace lo mismo.

Greg siguió a Shari, con la cámara colgando de la correa hasta un lugar sombreado del graderío.

—Mírale el cuello torcido —añadió Shari—. Se ve horrible.

—No hay duda de que algo malo pasa con la cámara —dijo Greg. Y empezó a contarle lo que aparecía en las fotos que había hecho al coche nuevo y a su hermano Terry. Pero no había terminado cuando ella lo interrumpió:

—Y esa foto de Michael. Salía cayéndose antes de haberse caído. Es rarísimo.

—Desde luego —afirmó Greg.

—Déjame ver esa cosa —dijo Shari, y le quitó la máquina de las manos—. ¿Todavía tiene carrete?

—No sé —admitió Greg—. No he encontrado ningún indicador de las fotos que faltan por hacer.

Shari examinó la cámara de cerca y le dio vuelta en las manos.

—No lo indica por ninguna parte. ¿Cómo puede uno saber si está cargada o no?

Greg se encogió de hombros.

Dio comienzo el partido de béisbol. Los Delfines eran el equipo visitante. El otro equipo, los Cardenales, iba ocupando sus posiciones en el campo.

A un niño que estaba en el graderío se le cayó al suelo la lata de refresco que estaba bebiendo y se echó a llorar. Pasó cerca un viejo automóvil lleno de adolescentes, con la radio a todo volumen y haciendo sonar el claxon.

—¿Por dónde se le pone el carrete? —preguntó Shari con impaciencia.

Greg se acercó para examinar la máquina.

—Creo que por aquí —dijo, señalando—. ¿No se le puede quitar la tapa de atrás?

Shari la movió un poco.

—No creo. Casi todas esas máquinas de revelado automático se cargan por delante.

Shari tiró de la parte de atrás, pero la cámara no se abría. También trató de tirar del botón, pero no tuvo mejor suerte. Dio la vuelta a la cámara y tiró del objetivo. No se movía.

Greg cogió la cámara.

—No hay ninguna ranura ni abertura por delante.

—¿Qué clase de máquina es ésta? —inquirió Shari.

—Veamos...

Greg estudió la parte de delante, la parte superior del objetivo, dio la vuelta a la cámara y estudió la parte de atrás.

Greg miró a Shari con cara de sorpresa.

—No lleva ninguna marca.

—¿Cómo es posible que una cámara no tenga marca comercial? —gritó Shari exasperada. Le quitó la cámara a Greg y la examinó detenidamente, cerrando un poco los ojos para protegerse del sol brillante de la tarde.

Finalmente le devolvió la máquina a Greg, dándose por vencida.

—Tienes razón. No tiene nombre. No hay palabras de ninguna clase. Nada. Qué máquina de fotos tan estúpida —agregó con rabia.

—Oye, oye. Espera —le dijo Greg—. La cámara no es mía, ¿te acuerdas? No la he comprado; la cogí de la casa Coffman.

—Bueno, por lo menos intentemos descubrir cómo se abre para ver qué tiene por dentro —dijo Shari.

El primer bateador de los Delfines llegó a la segunda base. El segundo bateador golpeó certeramente después. Los espectadores, alrededor de unos doce, gritaron para animar a su equipo.

El niño que había dejado caer la lata de refresco seguía llorando. Pasaron tres chicos en bicicleta y saludaron a los amigos de su equipo, pero no se detuvieron a mirar.

—Lo he intentado de todas las formas, pero no he descubierto cómo se abre —admitió Greg.

—Dámela —dijo Shari, y se la quitó nuevamente—. Tiene que haber un botón o algo por el estilo para abrirla. Esto es ridículo.

Al ver que no encontraba ningún botón ni palanca de ninguna clase, tiró de la parte de atrás, haciendo fuerza con los dedos. Luego intentó dar la vuelta al objetivo, pero fue inútil.

—No me voy a dar por vencida —dijo, apretando los dientes—. Ni hablar. Esta cámara se tiene que abrir. ¡Se tiene que abrir!

—Déjala, la vas a estropear —le advirtió Greg, y le pidió la cámara.

—¿Cómo la voy a estropear si no se mueve nada de nada? —preguntó Shari.

—Eso es imposible —dijo Greg.

Con cara de disgusto, le pasó la cámara a Greg.

—Está bien, me rindo. Revísala tú mismo, Greg.

Él cogió la cámara, se la puso delante de los ojos y se detuvo.

Lanzó un grito apagado de sorpresa y quedó boquiabierto, con los ojos mirando al frente. Sorprendida, Shari miró hacia donde él tenía puesta su atónita mirada.

—¡Oh, no!

A unos cuantos metros de la línea de la primera base estaba Pájaro tendido en el suelo, con el cuello doblado en un ángulo extraño, y los ojos cerrados fuertemente.

13

—¡Pájaro! —gritó Shari.

A Greg se le atascó la respiración en la garganta. Sintió como si se fuera a desmayar.

—¡Oh! —fue todo lo que logró decir, con una voz aguda y temblorosa.

Pájaro no se movía.

Shari y Greg fueron corriendo a toda velocidad hasta donde estaba.

—¿Pájaro? —Shari se arrodilló a su lado—. ¿Pájaro?

Pájaro abrió un ojo.

—Te has caído —dijo suavemente, abriendo un ojo.

Se le formó media sonrisa en el rostro y estalló en una carcajada sonora.

Shari y Greg tardaron un instante en reaccionar. Los dos estaban con la boca abierta, mirando atónitos a su sonriente compañero.

Luego, cuando el corazón volvió a su ritmo normal, Greg se agachó, agarró a Pájaro con ambas manos y lo arrastró.

—Yo lo sostengo mientras tú le pegas —ofreció Greg, sosteniendo a Pájaro por la espalda.

—No, espera —protestó Pájaro, tratando de zafarse.

—Buena idea —dijo Shari con una risa burlona.

—¡Ay, soltadme! ¡Soltadme! —protestaba Pájaro, tratando infructuosamente de liberarse—. ¡Basta! ¿Pero qué os pasa? Era una broma.

—Muy gracioso —dijo Shari, dándole a Pájaro una palmada en la espalda—. Eres un payaso, Pájaro.

Pájaro logró zafarse por fin y se alejó de ellos dando saltos.

—Sólo quería que os dierais cuenta de lo inútil que es preocuparse por una tonta cámara.

—Pero, Pájaro... —empezó a decir Greg.

—Está estropeada, eso es todo —dijo Pájaro, quitándose del pantalón del uniforme las briznas de césped recién cortado.

—Vosotros creéis que porque Michael salió cayéndose de aquellas escaleras, a la máquina le pasa algo malo. Eso es una bobada, una grandísima bobada.

—Ya lo sé —respondió Greg de manera cortante—. Pero ¿qué explicación encuentras?

—Ya te lo dije, hombre. Está dañada. Eso es todo.

—¡Pájaro, ven para acá! —gritó una voz, al tiempo que un guante llegaba volando hacia su cabeza. Él lo atrapó, les hizo a Shari y a Greg una seña y una sonrisa y se dirigió corriendo hacia donde estaban los demás miembros de los Delfines.

Apretando la cámara con una mano, Greg encabezó el trayecto hacia las gradas. Él y Shari se sentaron en la primera fila.

Algunos espectadores habían perdido el interés y ya se habían ido. Unos niños jugaban su propio partido de béisbol detrás del graderío. Más allá del campo había otros muchachos jugando a *kickball*.

—Pájaro es increíble —dijo Greg, con los ojos puestos en el juego.

—Casi me mata del susto —exclamó Shari—. Yo pensé que se había caído de verdad.

—¡Qué payaso! —murmuró Greg.

Miraron el partido un rato, en silencio. No era demasiado interesante. Los Delfines iban perdiendo por 12 a 3 en el tercer *inning*. Ninguno de los jugadores era muy bueno.

Greg se rió cuando un bateador de los Cardenales, un muchacho de su clase llamado Joe Garden, golpeó una bola que salió fuera del campo después de pasar por encima de la cabeza de Pájaro.

—¡Es la tercera bola que le pasa por encima de la cabeza! —gritó Greg.

—¡Le va a tocar buscarla al quinto pino! —exclamó Shari, riéndose también.

Ambos observaron las piernas largas de Pájaro, que corrían

detrás de la bola. Cuando logró atraparla y volverla a lanzar hacia el diamante, Joe Carden ya había pasado por todas las bases y anotado un punto.

Desde las gradas se oyeron varias voces de abucheo.

El siguiente bateador de los Cardenales salió a la base del bateador. Unos cuantos muchachos más empezaron a abandonar el graderío porque ya habían visto demasiado.

—Hace mucho calor aquí, bajo el sol —dijo Shari protegiéndose los ojos del sol con una mano—. Además tengo que hacer un montón de cosas. ¿Quieres que nos vayamos?

—Sólo quiero ver el próximo *inning* —dijo Greg al tiempo que observaba cómo el bateador movía el bate y fallaba—. Pájaro sigue en el próximo *inning*. Quiero quedarme y abuchearlo.

—¿Para qué son los amigos? —dijo Shari sarcásticamente.

Los Delfines tardaron bastante en conseguir el tercer *out*. Todos los Cardenales consiguieron batear.

La camiseta de Greg estaba totalmente empapada de sudor cuando Pájaro pasó a la base del bateador.

A pesar de que Shari y Greg lo abucheaban, Pájaro logró batear la bola.

—¡Menuda potra! —gritó Greg ahuecando las manos como si fueran un megáfono.

Pájaro hizo como si no lo hubiera escuchado. Se acomodó bien la gorra y se alejó un poco de la primera base.

El siguiente bateador golpeó la bola en la primera oportunidad pero la mandó hacia atrás.

—Vámonos —urgió Shari, tirando del brazo de Greg—. Tengo mucho calor. Y me muero de sed.

—Quedémonos a ver si Pájaro...

Greg no acabó su frase.

El bateador golpeó fuertemente la siguiente bola. Se oyó un fuerte pum al golpear el bate.

Unas doce personas, entre jugadores y espectadores, gritaron al ver la bola volar por el diamante y golpear la cabeza de Pájaro con otro pum.

Greg observó con horror cómo la bola golpeaba a Pájaro y rodaba lentamente por el suelo. Pájaro abrió los ojos con incredulidad y confusión.

Se quedó inmóvil en la base un buen rato. Después se tocó la cabeza con las dos manos y dio un grito largo, fuerte y agudo, parecido al relincho de un caballo.

Los ojos le dieron vueltas. Cayó de rodillas. Dio otro grito, esta vez más suave. Luego se derrumbó y cayó de espaldas; el cuello le quedó en un ángulo poco natural, y los ojos cerrados.

Estaba inmóvil.

14

Los dos entrenadores y ambos equipos corrieron hacia el jugador caído, amontonándose a su alrededor, formando un compacto y silencioso círculo.

Shari saltó por la gradería y echó a correr hacia el círculo de horrorizados mirones, gritando «¡Pájaro, Pájaro!»

Greg la siguió, pero se detuvo al ver una figura conocida que cruzaba la calle a todo correr al tiempo que le hacía señas.

—¡Terry! —gritó Greg.

¿Por qué su hermano venía al campo de juego?

¿Por qué no estaba en su trabajo de las tardes en el Dairy Freeze?

—¿Terry? ¿Qué pasa? —gritó Greg.

Terry se detuvo; estaba jadeando y el sudor le resbalaba por la frente roja y brillante.

—Vengo... corriendo... —alcanzó a decir.

—¿Qué sucede, Terry?

Un mal presentimiento hormigueó en el estómago de Greg.

A medida que Terry se iba acercando, se iba viendo en su cara la expresión de terror de la fotografía que Greg le había hecho.

La misma expresión de terror; la misma casa al otro lado de la calle.

La fotografía se había hecho realidad. También la fotografía de Pájaro tendido en el suelo se había vuelto real.

De repente Greg sintió su garganta completamente seca. Se dio cuenta de que sus rodillas temblaban.

—Terry, ¿qué pasa? —consiguió gritar.

—Es papá —dijo Terry, poniendo su pesada mano en el hombro de Greg.

—¿Papá?

—Tienes que venir a casa, Greg. Papá ha tenido un accidente grave.

—¿Un accidente? —La cabeza le daba vueltas. Las palabras de Terry no parecían tener ningún sentido.

—En el coche nuevo —explicó Terry poniendo de nuevo su pesada mano en el hombro tembloroso de Greg—. El coche nuevo está completamente destrozado.

—¡Oh! —gimió Greg, sintiéndose desfallecer.

Terry le apretó el hombro.

—Vamos, date prisa.

Greg echó a correr tras su hermano, sosteniendo la cámara en una mano.

Al llegar a la calle, miró de nuevo hacia el campo de juego para ver qué estaba pasando con Pájaro.

La muchedumbre aún se agolpaba alrededor de Pájaro y le impedía verlo.

Pero ¿qué era esa sombra oscura tras las gradas? Greg no lo sabía.

Alguien vestido de negro se escondía allá atrás.

¿Estaría mirando a Greg?

—Date prisa —pidió Terry.

Greg miró con detenimiento hacia las gradas. La oscura silueta retrocedió y se perdió de vista.

—¡Vamos, Greg!

—Ya voy —gritó Greg, y siguió a su hermano hasta la casa.

15

Las paredes del hospital eran de un color verde claro. Los uniformes que vestían las enfermeras que se deslizaban por los iluminados corredores, blancos. Las baldosas del suelo que Greg recorría con su hermano mientras se dirigía a la habitación de su padre, marrón oscuro con manchas anaranjadas.

Colores.

Todo lo que Greg podía ver eran manchas de colores, sin distinción de formas.

Sus zapatillas de tenis resonaban con fuerza contra las duras baldosas del suelo. Pero apenas si podía oírlas, por el fuerte palpitir de su corazón.

Destrozado. El coche nuevo completamente destrozado.

Como en la fotografía.

Greg y Terry dieron vuelta a una esquina. Las paredes de ese corredor eran de un amarillo claro. Las mejillas de Terry estaban rojas. Dos doctores pasaron vistiendo trajes verdes de cirugía.

Colores. Sólo colores.

Greg parpadeó intentando ver con claridad, pero todo pasaba muy rápido, todo parecía muy irreal. Incluso el olor penetrante a hospital, ese característico aroma de alcohol, comida rancia y desinfectante no le parecía real.

Entonces los dos hermanos entraron en la habitación de su padre y todo se volvió real.

Los colores se desvanecieron. Las imágenes se volvieron nítidas y claras.

La madre se levantó de la silla plegable, junto a la cama.

—Hola, hijos.

Sujetaba en la mano un pañuelo doblado. Era evidente que había llorado. Forzó en su rostro una sonrisa fingida, pero sus ojos estaban rojos y sus mejillas pálidas e hinchadas.

Greg se detuvo justo a la entrada de la pequeña habitación y devolvió a su madre el saludo con una voz suave y ahogada. Entonces sus ojos, enfocando claramente, se dirigieron hacia su padre.

El señor Banks llevaba la cabeza vendada como una momia. Tenía un brazo enyesado; el otro caía a su lado con un tubo conectado en la parte interior de la muñeca, de donde goteaba un oscuro líquido hacia el brazo. La sábana le cubría el pecho.

—Hola, ¿qué hay de nuevo, muchachos? —preguntó el padre. Su voz sonó vaga, como si viniera de muy lejos.

—Papá —empezó Terry.

—Se pondrá bien —interrumpió la señora Banks al ver las miradas aterrorizadas de sus hijos.

—Me siento estupendamente —dijo el señor Banks un poco aturdido.

—Pues no tienes muy buena pinta —dijo Greg bruscamente, avanzando con cautela hasta la cama.

—Estoy bien. De verdad —insistió su padre—. Un par de huesos rotos. Eso es todo.

Suspiró, y luego hizo un gesto de dolor.

—Creo que he tenido suerte.

—Sin duda —coincidió rápidamente la señora Banks.

¿Dónde estaba la suerte?, se preguntó Greg en silencio. No podía quitar los ojos del tubo que había en el brazo de su padre.

De nuevo pensó en la fotografía del coche.

Estaba allá arriba, en el cuarto de su casa, metida en un compartimiento secreto de la cabecera de la cama.

La fotografía mostraba el coche destruido, el lado del conductor hundido.

¿Debía hablarles acerca de esto?

No sabía qué hacer.

¿Le creerían si lo hacía?

—¿Qué te has roto, papá? —preguntó Terry, sentándose en el radiador frente al alféizar y metiendo las manos en los bolsillos de

los tejanos.

—Tu padre se ha roto un brazo y unas cuantas costillas —respondió rápidamente la señora Banks—. Y tuvo una leve conmoción. Los doctores lo están examinando para ver si hay heridas internas, pero hasta ahora todo marcha bien.

—He tenido suerte —repitió el señor Banks, y le sonrió a Greg.

—Papá, tengo que hablarte de cierta foto que hice —dijo de repente Greg, hablando con rapidez. Estaba tan nervioso que la voz le temblaba—. Hice una fotografía del auto nuevo y...

—El coche nuevo está completamente destrozado —interrumpió la señora Banks. Se sentó en el borde de la silla plegable y empezó a dar vueltas y más vueltas al anillo de matrimonio, como hacía siempre que estaba nerviosa.

—Me alegro de que no lo hayáis visto, hijos. —La voz se le ahogó en la garganta. Luego agregó—: Es un milagro que no haya tenido peores heridas.

—La foto —empezó Greg de nuevo.

—Luego —dijo su madre con brusquedad—. ¿De acuerdo?

Le lanzó una mirada significativa.

Greg sintió que el rostro se le encendía.

«Esto es importante», pensó.

Luego consideró que de todos modos era probable que no le creyeran. ¿Quién creería una historia tan loca?

—¿Podremos conseguir otro coche nuevo? —preguntó Terry.

El señor Banks asintió lentamente con la cabeza.

—Tengo que llamar a la compañía de seguros —dijo.

—Yo los llamaré cuando llegue a casa —dijo la señora Banks—. Realmente necesitas que te eche una mano.

Todos se echaron a reír, con risa nerviosa.

—Tengo sueño —dijo el señor Banks. Sus ojos estaban medio cerrados y su voz sonaba apagada.

—Son los calmantes que te dio el doctor —le dijo la señora Banks. Se inclinó un poco hacia delante y le dio unas palmaditas—. Duerme un poco. Volveré dentro de un par de horas.

Se levantó de su asiento, todavía jugando con el anillo, y se dirigió hacia la puerta.

—Adiós papá —dijeron Greg y Terry al unísono.

El padre balbuceó una respuesta. Ambos salieron junto con su

madre.

—¿Qué pasó? —preguntó Terry mientras pasaban por el puesto de enfermeras y luego por el largo y amarillo corredor—. ¿Cómo fue el accidente?

—Un hombre cruzó con el semáforo en rojo —dijo la señora Banks, con sus ojos rojos mirando hacia delante—. Se precipitó contra el lado de tu padre. Dijo que los frenos no funcionaron.

La madre sacudió la cabeza; le aparecieron lágrimas en los ojos.

—No sé —dijo suspirando—. Simplemente no sé qué decir. Gracias a Dios estará bien.

Giraron hacia el corredor verde, caminando uno junto al otro. Algunas personas esperaban el ascensor, que se encontraba al final del largo salón.

Greg se puso a pensar de nuevo en las fotografías que había hecho con la extraña cámara.

Primero Michael, luego Terry, luego Pájaro, luego su padre.

Las cuatro fotos revelaban algo terrible. Algo terrible que aún no había ocurrido.

Y las cuatro fotos se habían hecho realidad.

Greg sintió escalofríos mientras se abrían las puertas del ascensor y la multitud avanzaba para apretujarse dentro de él.

Se preguntó cuál sería la verdad sobre la cámara.

«¿La cámara revela el futuro, o hace que ocurran las cosas?»

16

—Sí, ya sé que Pájaro está bien —dijo Greg por el teléfono—. Lo vi ayer, ¿recuerdas? Tuvo suerte. Mucha suerte. No sufrió conmoción ni nada.

Al otro lado de la línea, en la casa vecina, Shari le daba la razón, pero insistía.

—No, Shari. En realidad no tengo ganas —dijo Greg con vehemencia.

—Tráela —insistió Shari—. Es mi cumpleaños.

—No quiero llevar la cámara. No es una buena idea. De verdad —le dijo Greg.

Y llegó el siguiente fin de semana. Era la tarde del sábado. Greg estaba casi en la puerta, listo para ir a la fiesta de cumpleaños de Shari, cuando sonó el teléfono.

—Hola, Greg. ¿Por qué no has venido aún? —preguntó Shari cuando éste corrió a contestar el teléfono.

—Porque estoy hablando contigo —respondió Greg con un tono burlón.

—Bueno, trae la cámara, ¿de acuerdo?

Greg no había vuelto a mirar la máquina, no la había movido del escondite donde la había puesto desde el accidente de su padre.

—No quiero llevarla —insistió a pesar de las continuas peticiones de Shari—. ¿No lo entiendes? No quiero que nadie resulte herido.

—Ay, Greg —dijo como hablando a un niño de tres años—. No me digas que crees que la cámara puede hacerle daño a alguien.

Greg calló por un momento.

—En realidad no sé qué creer —dijo finalmente—. Sólo sé que primero fue Michael, luego Pájaro...

Greg tragó saliva con dificultad.

—Además tuve un sueño, Shari. Anoche.

—¿Sí? ¿Qué clase de sueño? —preguntó Shari impaciente.

—Era sobre la máquina. Estaba haciendo una fotografía de toda la familia, mamá, papá y Terry, que preparaban un asado en el jardín. Yo tenía la máquina y repetía «sonreíd, sonríd», una y otra vez. Y cuando miré a través del visor estaban sonriendo, pero eran esqueletos. Todos. No tenían piel y... y...

Su voz se desvaneció.

—¡Qué sueño tan estúpido! —dijo Shari riendo.

—Por eso no quiero llevar la cámara —insistió Greg—. Creo...

—Tráela, Greg —interrumpió ella—. No es tuya, ¿sabes? Los cuatro estábamos en la casa de Coffman. Nos pertenece a los cuatro. Tráela.

—Pero ¿por qué, Shari? —preguntó Greg.

—Sería un error no hacerlo, eso es todo. ¡Saca unas fotos tan extrañas!

—Desde luego —murmuró Greg.

—No tenemos nada más que hacer en mi fiesta —le dijo Shari—. Quise alquilar una cámara de vídeo, pero mamá dijo que debíamos estar fuera. No quiere que le desordenemos su preciosa casa. Así que he pensado que podríamos hacer una foto de cada uno con la extraña cámara. Ya sabes, ver qué cosas raras salen.

—Shari, realmente no...

—Tráela —ordenó ella, y colgó.

Greg siguió de pie, mirando el teléfono un buen rato, pensando, indeciso.

Entonces colgó el teléfono y subió malhumorado a su cuarto.

Con un profundo suspiro sacó la cámara del escondite en la cabecera de su cama.

—Después de todo es el cumpleaños de Shari —se dijo en voz alta.

Sus manos temblaban mientras la cogía. Se dio cuenta de que le tenía miedo.

«No debería hacer esto», pensó, al tiempo que sentía un pesado nudo en la boca del estómago.

«Sé que no debería hacer esto.»

17

—¿Qué hay de nuevo, Pájaro? —dijo Greg, abriéndose paso por el patio embaldosado hasta el jardín de Shari.

—Me siento muy bien —dijo Pájaro, chocando las manos con su amigo—. El único problema es que desde que me pegó esa bola en el coco —continuó Pájaro, frunciendo el ceño— de vez en cuando empiezo a caaaac, caaac, caaaac, cacarear como una gallina. —Agitó los brazos y empezó a pavonearse por el jardín, cacareando a voz en grito.

—¡Oye, Pájaro, pon un huevo! —gritó alguien, y todos se echaron a reír.

—Pájaro pasa mucho —dijo Michael moviendo la cabeza y dando a Greg un golpe amistoso en el hombro. Con su pelo rojo despeinado como siempre, tenía puesto unos tejanos descoloridos y una florida camisa hawaiana, casi tres tallas más grande.

—¿De dónde has sacado esa camisa? —preguntó Greg, cogiendo de los hombros a Michael para admirarla.

—De una caja de cereales —intervino Pájaro, que seguía agitando los brazos.

—Me la regaló mi abuela —dijo Michael frunciendo el ceño.

—La hizo como tarea escolar —interrumpió Pájaro. Una sola broma no era suficiente.

—Pero ¿por qué te la pusiste? —preguntó Greg.

Michael se encogió de hombros.

—Todo lo demás estaba sucio.

Pájaro se agachó, recogió un puñado de hierba y lo frotó en la espalda de Michael.

—Ahora ésta también está sucia —dijo.

—¡Oye! —reaccionó Michael agarrando a Pájaro y empujándolo hacia los setos, jugando.

—¿La has traído?

Al oír la voz de Shari, Greg se giró hacia la casa y vio a Shari corriendo a través del patio hacia él. Su cabello negro estaba recogido en una trenza y tenía puesta una blusa de seda amarilla demasiado grande, que caía sobre unos pantalones elásticos negros.

—¿La has traído? —repitió ansiosa. Un brazalete repleto de pequeños dijes plateados, regalo de cumpleaños, cascabeleaba en su muñeca.

—Sí. —Greg le enseñó la cámara de mala gana.

—¡Estupendo! —exclamó ella.

—La verdad es que yo no quiero... —empezó Greg.

—Como es mi cumpleaños, me puedes hacer a mí la primera foto —lo interrumpió Shari—. Listo. ¿Qué tal así?

Posó de manera sofisticada, recostándose contra un árbol, con una mano detrás de la cabeza.

Greg, obediente, preparó la máquina.

—¿De verdad quieres que te la haga, Shari?

—Sí. Venga, que quiero hacer fotos de todos.

—Pero probablemente saldrán raras —protestó Greg.

—Ya lo sé —respondió Shari impaciente, conservando la pose—. Eso es lo divertido.

—Pero Shari...

—¡Michael ha vomitado en la camisa! —escuchó a Pájaro gritando junto al seto.

—¡No es verdad! —gritaba Michael.

—¿Quieres decir que tu camisa es realmente así? —preguntó Pájaro.

Greg oyó infinidad de risas estridentes, todas a costa de Michael.

—¡¿Vas a hacer esa foto?! —gritó Shari, agarrándose del delgado tronco del árbol.

Greg apuntó con el objetivo hacia ella y apretó el botón. La cámara zumbó, y el cuadro blanco sin revelar rodó fuera de la cámara.

—Oye, ¿somos los únicos chicos invitados? —preguntó Michael, caminando hacia Shari.

—Sí. Sólo vosotros tres —dijo Shari—. Y nueve mujeres.

—¡Ay, Dios! —Michael hizo un gesto.

—Ahora hazle una foto a Michael —dijo Shari a Greg.

—¡Ni lo pienses! —contestó Michael rápidamente, levantando los brazos para escudarse y retrocediendo—. La última vez que me hiciste una foto con esa cosa rodé por las escaleras.

Al tratar de escapar, Michael retrocedió hacia Nina Blake, una de las amigas de Shari. Ella reaccionó con un chillido de sorpresa, luego le dio un golpe en broma, y él siguió retrocediendo.

—Vamos, Michael. Es mi fiesta —le dijo Shari.

—¿Qué vamos a hacer? ¿Esto es todo? —exclamó Nina desde el centro del jardín.

—Tengo pensado que podríamos hacer fotos de cada uno y luego jugar a algo —le dijo Shari.

—¿Jugar a algo? —repitió Pájaro—. ¿Por ejemplo a papás y mamás?

Algunos chicos se echaron a reír.

—«Verdad o mentira» —sugirió Nina.

—¡Sí, «verdad o mentira»! —gritaron al tiempo un par de chicas.

—Oh, no —gimió Greg en voz baja. «Verdad o mentira» significaba muchos besos y situaciones embarazosas.

Nueve chicas y sólo tres chicos.

Sería realmente embarazoso.

«¿Cómo puede Shari hacernos esto?», se preguntó.

—Bueno, ¿cómo ha salido? —preguntó Shari, cogiéndolo del brazo—. Déjame verla.

Greg estaba tan preocupado por jugar a «verdad o mentira» que había olvidado la foto que se estaba revelando en su mano. La levantó y ambos la examinaron.

—¿Dónde estoy? —preguntó Shari sorprendida—. ¿Hacia dónde apuntaste? ¡No he salido!

—¿Qué? —Greg miró con detenimiento la fotografía. Aparecía el árbol, pero no Shari.

—¡Qué cosa más extraña! Apunté hacia ti. Enfoqué con cuidado —protestó.

—Bueno, pues no me cogiste. No aparezco en la foto —dijo Shari disgustada.

—Pero Shari...

—Mira, Greg, yo no soy invisible. No soy un vampiro ni nada por el estilo. Me veo reflejada en los espejos. Y suelo aparecer en las fotos.

—Pero mira... —Greg clavó la mirada en la foto—. Ahí está el árbol en el que te apoyabas. Puedes ver el tronco claramente. Y ahí está el sitio donde estabas parada.

—Pero ¿dónde estoy yo? —preguntó Shari, haciendo sonar su ruidoso brazalete de dijes—. No importa. —Le arrebató la foto y la tiró al césped.

—Hazme otra. Rápido.

—Bueno, está bien.

Greg todavía estaba tratando de resolver el misterio de la foto. ¿Por qué Shari no había aparecido en ella? Se agachó, la recogió del suelo y se la metió en el bolsillo.

—Esta vez acércate más —le indicó ella.

Greg avanzó un par de pasos, centró con cuidado a Shari en el visor e hizo la foto.

Shari se acercó a él y tiró de la foto de la cámara.

—Espero que ésta sí haya salido bien —dijo ella, mirándola con atención, al tiempo que iban apareciendo los colores.

—Si realmente quieres fotos de cada uno, deberíamos conseguir otra cámara —dijo Greg, y también miró la foto.

—¡No puedo creerlo! —gritó Shari.

Otra vez volvía a ser invisible.

El árbol se veía con claridad, perfectamente enfocado. Pero Shari no aparecía por ningún lado.

—Tenías razón. Esta estúpida máquina está estropeada —dijo disgustada, dándole la foto a Greg—. Olvídalo.

Le dio la espalda y llamó a los otros.

—¡Eh, chicos, vamos a jugar a «verdad o mentira»!

Hubo aplausos, vivas y algunas quejas.

Shari los condujo hacia los árboles detrás de su jardín, para jugar.

—Es más íntimo —explicó ella. Había un claro circular exactamente tras los árboles, un sitio recogido y perfecto.

El juego fue tan embarazoso como Greg había imaginado. Entre los chicos sólo Pájaro parecía pasarlo bien. «A Pájaro le encantan las cosas idiotas como ésta», pensó Greg con un poco de envidia.

Afortunadamente, después de algo más de media hora, oyó que la señora Walker, la mamá de Shari, los llamaba desde la casa para comer el pastel de cumpleaños.

—Ay, qué mala suerte —dijo Greg, sarcástico—. Justamente cuando el juego se empezaba a poner interesante.

—En todo caso tenemos que salir de aquí —dijo Pájaro haciendo una mueca—. La camisa de Michael está asustando a las ardillas.

Los chicos se fueron dirigiendo entre risas y voces hacia el patio, donde les esperaba un pastel blanco y rosa, con velas encendidas, sobre una mesa redonda provista de parasol.

—Me parece que soy muy mala mamá —bromeó la señora Walker—, permitiéndolos ir solos al bosque.

Algunas chicas se rieron.

Con el cuchillo listo para partir la torta, la señora Walker miró a su alrededor.

—¿Dónde está Shari?

Todos miraron hacia el jardín.

—Hace sólo un momento que estaba con nosotros en el bosque —dijo Nina.

—¡Shari! —gritó Pájaro, utilizando sus manos como un megáfono—. ¡La Tierra llamando a Shari! ¡Es hora de comer pastel!

No hubo respuesta.

—¿Ha entrado en la casa? —preguntó Greg.

La señora Walker negó con la cabeza.

—No. No ha entrado por el patio. Tal vez aún esté en el bosque.

—Iré a ver —le dijo Pájaro. Echó a correr hacia los árboles de la parte trasera del jardín y desapareció entre ellos, llamándola a gritos.

Minutos más tarde apareció Pájaro de nuevo y se dirigió a todos encogiéndose de hombros.

No había rastro de Shari.

Buscaron en la casa. En el jardín de delante. Entre los árboles de nuevo.

Había desaparecido.

18

Greg se sentó en la sombra, con la espalda contra el tronco del árbol, la máquina de fotos a su lado en el suelo, mirando al policía de uniforme azul.

Atravesaron el jardín trasero y se internaron en el bosque para inspeccionarlo. Se oían sus voces, pero no se podía entender lo que decían. Sus caras lucían atentas, confundidas.

Llegaron más policías, con ceños fruncidos y gestos de preocupación.

Luego, aún más policías de uniformes oscuros.

La señora había llamado a su esposo al campo de golf. Se sentaron juntos en sillas de lona, en una esquina del patio, hablando entre ellos, con los ojos moviéndose rápidamente por el patio. Tenían las manos cogidas y parecían pálidos y preocupados.

Todos los demás se habían ido.

La mesa aún estaba servida en el patio. Las velas de cumpleaños se habían consumido totalmente, la cera roja y azul se había derretido en sólidos charcos sobre la blanca y rosada capa de azúcar; el pastel estaba intacto.

—No hay rastro de ella —decía a los Walker un policía de mejillas muy rojas y bigote rubio. Se quitó la gorra y se rascó la cabeza, mostrando su cabello rubio y corto.

—¿Alguien... la ha raptado? —preguntó el señor Walker, todavía cogiendo a su esposa de la mano.

—No hay señales de lucha —dijo el policía—. En realidad no hay señales de nada.

La señora Walker suspiró con fuerza y agachó la cabeza.

—Simplemente, no lo entiendo.

Hubo un largo y doloroso silencio.

—Seguiremos buscando —dijo el policía—. Estoy seguro de que encontraremos... algo.

Dio media vuelta y caminó hacia el bosque.

—Ah, hola. —Se detuvo frente a Greg, mirándolo con detenimiento, como si lo viera por primera vez—. ¿Todavía estás aquí, muchacho? Todos los demás invitados ya se han ido a casa.

Empujó su cabello hacia atrás y se puso de nuevo la gorra.

—Sí, ya sé —respondió Greg con solemnidad, levantando la cámara y poniéndola sobre su regazo.

—Soy el oficial Riddick —dijo.

—Sí, ya sé —repitió Greg suavemente.

—¿Por qué no te has ido a casa después de hablar con nosotros, como todos los demás? —preguntó Riddick.

—Supongo que estoy indispueto —le dijo Greg—. Shari es muy buena amiga, ¿sabe? —Se aclaró la garganta, que tenía seca—. Además, vivo allí mismo —indicó con la cabeza hacia la casa vecina.

—Bueno, también tú deberías irte a casa, muchacho —dijo Riddick, mirando hacia el bosque con un gesto de disgusto—. Esta búsqueda tal vez lleve mucho tiempo. Aún no hemos encontrado nada.

—Lo sé —contestó Greg, frotando con su mano el dorso de la cámara.

«Y también sé que esta cámara es la razón por la que Shari está perdida», pensó, sintiéndose desdichado y temeroso.

—Estaba aquí, y un segundo después va y desaparece, ¿no es así? —preguntó el policía, examinando la cara de Greg como para encontrar respuestas en ella.

—Sí —dijo Greg—. Es muy extraño.

«Más extraño de lo que nadie pueda imaginar», pensó.

«La cámara la hizo invisible. La cámara lo hizo. Primero desapareció de la foto. Luego desapareció en la vida real. La cámara lo hizo. No sé cómo, pero lo hizo.»

—¿Tienes algo más que decirme? —preguntó Riddick, con las manos descansando en las caderas, la derecha sobre la gastada pistolera marrón—. ¿Viste algo? ¿Algo que nos dé una pista, que

nos ayude? ¿Algo que olvidaras decirme antes?

Greg se quedó confuso.

«Si le hablo de la cámara, me preguntará dónde la conseguí. Y tendré que decirle que la conseguí en la casa de Coffman. Y nos meteremos en líos por entrar allí. Pero la cosa no tiene remedio; Shari ha desaparecido. Está perdida. Eso es mucho más importante.

»Debo decírselo», decidió Greg.

Pero luego volvió a dudar. «Si se lo digo, no me creerá. Si se lo digo, ¿ayudará a que regrese Shari?»

—Te veo muy preocupado —dijo Riddick, agachándose junto a Greg en la sombra—. ¿Cómo te llamas?

—Greg. Greg Banks.

—Bueno, pues te veo muy nervioso, Greg —repitió el policía dulcemente—. ¿Por qué no me dices lo que te preocupa? ¿Por qué no me dices qué hay en tu mente? Creo que te sentirías mucho mejor.

Greg respiró con fuerza y echó un vistazo al patio. La señora Walker se cubría la cara con las manos. Su esposo estaba inclinado hacia ella, intentando consolarla.

—Bueno... —empezó Greg.

—Venga, chico —lo exhortó Riddick con suavidad—. ¿Sabes dónde está Shari?

—Es la cámara —dijo Greg ofuscado. De repente sintió la sangre palpitando en sus sienes.

Hizo una honda inhalación y continuó.

—Verá, esta cámara es muy rara.

—¿Qué quieres decir? —preguntó Riddick con calma.

Greg hizo otra inhalación profunda.

—Le hice una foto a Shari. Antes, casi nada más llegar. Le hice dos fotos. Y en las dos era invisible, ¿comprende?

Riddick parpadeó perplejo.

—No, no lo entiendo.

—Shari era invisible en las fotos. Todo lo demás estaba allí, pero ella no. Ella había desaparecido. Y luego desapareció de verdad. La cámara... supongo que predice el futuro, o hace que ocurran cosas malas. —Greg le tendió la máquina al policía.

Riddick no hizo ademán de cogerla. Sólo observó a Greg, con mirada dura y expresión severa.

Greg sintió una repentina punzada de miedo.

«Oh, no —pensó—. ¿Por qué me mira de ese modo? ¿Qué va a hacer?»

19

Greg continuó tendiéndole la máquina al policía.

Pero Riddick se levantó rápidamente.

—¿La cámara hace que ocurran cosas malas? —Sus ojos parecieron clavarse en los de Greg.

—Sí —le dijo Greg—. Ésta es mi máquina, y cada vez que hago una foto...

—Bueno, muchacho —dijo Riddick cordialmente. Se agachó y apoyó una de sus manos en el hombro tembloroso de Greg—. Veo que estás muy trastornado, Greg —dijo, y su voz sonó casi como un susurro—. No te culpo. Esto es muy desagradable para todos.

—Pero es verdad... —empezó a insistir Greg.

—Voy a pedirle a aquel policía —dijo Riddick señalando con el dedo— que te lleve a casa. Y tendré que decirles a tus padres que has pasado por una espantosa experiencia.

«Sabía que no me creería —pensó Greg enfadado—. ¿Cómo he podido ser tan estúpido? Ahora piensa que estoy loco.»

Riddick llamó a un policía que estaba cerca de los setos.

—No, me encuentro bien —dijo Greg levantándose con prontitud y sosteniendo la cámara en su mano—. Puedo ir a casa sin problema.

Riddick lo miró como dudando.

—¿Estás seguro?

—Sí, puedo ir solo.

—Si tienes algo más que decirme luego —dijo Riddick, bajando la mirada hacia la máquina de fotos—, llama a comisaría, ¿de acuerdo?

—De acuerdo —contestó Greg, caminando lentamente hacia su casa.

—No te preocupes, Greg. Haremos todo lo que podamos. Deja en paz la cámara y trata de descansar un poco, ¿de acuerdo?

—De acuerdo —murmuró Greg.

Se apresuró al pasar frente a los Walker, quienes todavía estaban sentados bajo el parasol del patio.

«¿Por qué he sido tan estúpido? —se preguntaba a sí mismo mientras caminaba a casa—. ¿Por qué esperaba que el policía se creyera semejante historia? Ni siquiera acabo de creérmela yo mismo.»

Unos minutos más tarde empujó la puerta trasera de tela metálica y entró en la cocina.

—¿Hay alguien en casa?

No hubo respuesta.

Atravesó el salón trasero hacia la sala.

—¿No hay nadie en casa?

Nadie.

Terry estaba trabajando. La madre seguramente habría ido a visitar a su marido al hospital.

Greg se sintió desconsolado. En realidad no quería estar solo en ese momento. Quería contarles lo que le había pasado a Shari. Quería hablar con ellos.

Subió la escalera hacia su habitación, con la máquina en la mano.

Se detuvo en la puerta de entrada, parpadeó un par de veces y luego profirió un grito horrorizado.

Sus libros estaban desparramados por el suelo. Las sábanas en el suelo. Los cajones de su mesa abiertos y el contenido desparramado por todas partes. La lámpara de su mesa también estaba tirada en el suelo. Toda la ropa había sido sacada del aparador y del armario y arrojada por todos lados.

Alguien había estado en el cuarto de Greg... y lo había puesto patas arriba.

20

«¿Quién habrá podido hacer eso? —se preguntó Greg, mirando con horror su habitación revuelta—. ¿Quién habrá podido desordenar mi habitación de este modo?»

Se dio cuenta de que sabía la respuesta. Sabía quién podía hacerlo, quién lo había hecho.

Alguien que buscaba la máquina.

Alguien desesperado por recuperar la máquina.

¿Spidey?

El extraño hombre vestido de negro vivía en la casa de Coffman.

¿Era él el dueño de la cámara?

Sí, Greg estaba seguro de que Spidey lo había hecho.

Spidey había estado observando a Greg, es-piándolo detrás de las gradas durante el partido.

Él sabía que Greg tenía su cámara. Y sabía dónde vivía Greg.

Esa idea era la más escalofriante de todas.

Él sabía dónde vivía Greg.

Greg salió de su cuarto caótico, se recostó contra la pared del pasillo y cerró los ojos.

Imaginó a Spidey, la negra figura arrastrándose traicionera sobre sus piernas huesudas. Lo imaginó dentro de la casa, de su casa. Dentro de su habitación.

«Ha estado aquí —pensó—. Ha tocado todas mis cosas. Lo ha revuelto todo.»

Greg volvió hacia su cuarto. Se sintió desconcertado, con deseos de gritar de rabia y pedir ayuda.

Pero estaba solo. Nadie lo oiría. Nadie le podría prestar ayuda.

«¿Ahora qué? —se preguntó—. ¿Ahora qué?»

Se recostó contra el marco de la puerta, mirando su habitación revuelta, y de pronto supo lo que debía hacer.

21

—Hola, Pájaro, soy yo.

Greg sostuvo el teléfono con una mano y se secó el sudor de la frente con la otra. En su vida había trabajado tanto ni tan rápido.

—¿Han encontrado a Shari? —preguntó Pájaro ansioso.

—No creo, yo no he oído nada —dijo Greg echando una ojeada a su cuarto, que casi volvía a estar como antes.

Lo había dejado todo en orden, arreglado y limpio. Sus padres no imaginarían nunca lo que había pasado.

—Oye, Pájaro, no te llamo para eso —dijo Greg, hablando rápidamente—. Telefona a Michael, ¿de acuerdo? Nos encontraremos en el campo de juego, junto al diamante de béisbol.

—¿Cuándo? ¿Ahora? —preguntó Pájaro desconcertado.

—Sí —le dijo Greg—. Tenemos que vernos. Es importante.

—Pero es casi la hora de la cena —protestó Pájaro—. No sé si mis padres...

—Es importante —repitió Greg impaciente—. Tengo que verlos. ¿De acuerdo?

—Bueno... tal vez me pueda escapar un par de minutos —dijo Pájaro, bajando el tono de voz. Y luego Greg le oyó decir—: No es nadie, mamá. No estoy hablando con nadie.

«¡Vaya! Eso sí es pensar con rapidez —se dijo Greg—. ¡Es más mentiroso que yo!»

Luego le oyó decir a su madre:

—Ya sé que estoy hablando por teléfono, pero no estoy hablando con nadie. Es sólo Greg.

«Muchas gracias, tío», pensó Greg.

—Me tengo que ir —dijo Pájaro.

—Llama a Michael —lo urgió Greg.

—Sí. De acuerdo. Nos vemos. —Y colgó.

Greg colgó el teléfono y se quedó escuchando para comprobar si había regresado su madre. Silencio abajo. Aún no había vuelto a casa. Aún no sabía nada de Shari, cayó en la cuenta Greg. Sabía que ella y su padre estarían muy inquietos.

Muy inquietos.

Casi tanto como estaba él.

Pensando en su amiga, fue hacia la ventana de su habitación y miró el jardín de la casa vecina. Estaba desierto.

Todos los policías se habían ido. Los angustiados padres de Shari seguramente habrían entrado en casa.

Una ardilla se sentó bajo la amplia sombra del gran árbol, royendo con furia una bellota, y con otra bellota en sus pies.

Por el ángulo de la ventana, Greg veía el pastel de cumpleaños sobre la mesa, con todos los asientos alrededor y la decoración aún en su sitio.

Una fiesta de cumpleaños para fantasmas.

Greg se estremeció.

—Shari está viva —dijo en voz alta—. La encontrarán. Está viva. Sabía lo que ahora debía hacer.

Decidió por fin alejarse de la ventana y salir corriendo de casa para encontrarse con sus amigos.

22

—¡Ni hablar! —dijo Pájaro enfurecido, sentado en una grada—. ¿Se te ha aflojado un tornillo?

Balanceando la cámara por la correa, Greg miró esperanzado a Michael. Pero Michael evitó la mirada de Greg.

—Yo estoy con Pájaro —dijo con su mirada puesta en la máquina de fotos.

Como era casi la hora de la cena, el campo estaba prácticamente desierto. Unos pocos niños estaban en los columpios, al otro lado. Dos chicos montaban en sus bicicletas por el campo de fútbol.

—Pensé que quizá quisierais venir conmigo —dijo Greg disgustado. Dio una patada al césped con su zapatilla deportiva.

—Tengo que volver a esa casa —continuó, levantando la cámara—. Voy a dejar la máquina en el sitio donde la encontré. Es lo que tengo que hacer.

—De ningún modo —repitió Pájaro, negando con la cabeza—. No voy a volver a la casa de Coffman. Con una vez fue suficiente.

—¿Eres un gallina? —preguntó Greg enojado.

—Sí —admitió Pájaro rápidamente.

—No tienes que devolverla —arguyó Michael. Saltó a la gradería, trepó hasta la tercera línea de asientos y luego descendió de nuevo al suelo.

—¿Qué quieres decir? —preguntó Greg impaciente, pateando el césped.

—Tírala, simplemente —se apresuró a decir Michael, haciendo un gesto de lanzamiento con una mano—. Échala a la basura o a cualquier otro sitio.

—Sí. O déjala aquí mismo —sugirió Pájaro. Trató de arrebatarse la cámara—. Dámela, yo la esconderé debajo de los asientos.

—Vosotros no entendéis —dijo Greg, meciendo la cámara lejos del alcance de Pájaro—. Tirlarla no mejoraría las cosas.

—¿Por qué no? —preguntó Pájaro, tratando nuevamente de coger la cámara.

—Spidey volverá a por ella —le dijo Greg enfurecido—. Volverá a buscarla a mi habitación. Seguro.

—¿Y qué pasaría si nos pillan cuando la vayamos a devolver? —preguntó Michael.

—Sí. ¿Qué pasará si Spidey está allí, en la casa de Coffman, y nos pilla? —dijo Pájaro.

—No entiendes —gritó Greg—. ¡Él sabe donde vivo! Ha estado en mi casa. ¡En mi habitación! Quiere su cámara y...

—Ya. Dámela —dijo Pájaro—. No tenemos que volver a esa casa. Él puede encontrarla. Aquí mismo.

Trató de arrebatarse la cámara de nuevo.

Greg agarró con fuerza la correa pero Pájaro consiguió coger la cámara.

—¡No! —gritó Greg al tiempo que veía el destello de la cámara y oía el zumbido. Un pedazo cuadrado de papel fotográfico se deslizó fuera de la cámara.

—¡No! —gritó Greg a Pájaro, horrorizado, mirando el blanco cuadrado, mientras éste empezaba a revelarse. ¡Me has hecho una foto!

Con su mano temblorosa, tiró de la instantánea de la cámara.

¿Qué aparecería?

23

—Lo siento —dijo Pájaro—. No quise...

Antes de que pudiera terminar la frase, una voz le interrumpió desde atrás de la gradería.

—Oye, ¿qué tienes ahí?

Greg levantó la mirada de la foto sin revelar, sorprendido. Dos chicos corpulentos salieron de las sombras con expresión dura y la mirada puesta en la cámara.

Los reconoció enseguida: Joey Ferris y Mickey Ward, dos chicos de noveno curso que salían juntos, siempre fanfarroneando, actuando con dureza, robando a los chicos más pequeños.

Su especialidad era robar las bicicletas de los chavales, montar en ellas y luego tirarlas a la basura. En el colegio circulaba el rumor de que Mickey había golpeado con tal fuerza a un chico que éste había quedado lisiado para toda la vida. Pero Greg creía que Mickey se había inventado ese rumor y luego se había encargado de difundirlo.

Ambos chicos eran muy corpulentos para su edad. Ninguno de los dos iba muy bien en el colegio. Y aunque siempre estaban robando bicicletas y monopatines, aterrorizando a los niños más pequeños y buscando peleas, ninguno de los dos parecía meterse en problemas serios.

Joey tenía el cabello corto, rubio y liso, y un pendiente de diamante falso en una oreja. Mickey tenía una cara redonda y roja llena de barros, cabello negro y grueso que le llegaba hasta los hombros, y movía un palillo entre los dientes. Los dos vestían camisas de *heavy metal* y tejanos.

—Oye, tengo que irme a casa —dijo Pájaro rápidamente, empezando a moverse con nerviosismo fuera de las gradas.

—Yo también —dijo Michael, incapaz de evitar que el temor se reflejara en su rostro.

Greg metió la foto dentro del bolsillo de sus tejanos.

—Oye, has encontrado mi cámara —dijo Joey, arrebatándosela de las manos. Sus ojos pequeños y grises parecieron arder en los de Greg, como buscando una reacción—. Gracias, colega.

—Devuélvemela, Joey —dijo Greg con un suspiro.

—Sí, no cojas esa máquina —le dijo Mickey a su amigo con una sonrisa reflejándose en su redonda cara—. ¡Es mía!

Arrancó la cámara de las manos de Joey.

—Devolvédmela —insistió Greg furioso, alargando la mano. Luego suavizó el tono de su voz—. Venga, va, que no es mía.

—Yo sé que no es tuya —le dijo Mickey bromeando—. ¡Porque es mía!

—Tengo que devolvérsela al dueño —dijo Greg con voz quebrada aunque sin lloriquear.

—No, no tienes que hacerlo. Ahora soy yo el dueño —insistió Mickey.

—¿No has oído decir que el que se encuentra algo se lo queda? —preguntó Joey, acercándose a Greg, amenazante. Era casi quince centímetros más alto que él y mucho más musculoso.

—Déjale que se quede con ella —susurró Michael al oído de Greg—. ¿Acaso no querías deshacerte de ella?

—¡No! —protestó Greg.

—¿Cuál es tu problema, pecoso? —preguntó Joey a Michael, mirándolo de arriba abajo.

—Ninguno —dijo Michael, dócil.

—¡Eh, sonríe! —Mickey apuntó con la cámara a Joey.

—¡No lo hagas! —interrumpió Pájaro, agitando las manos frenéticamente.

—¿Por qué no? —preguntó Joey.

—Porque tu cara estropeará la cámara —dijo Pájaro, riendo.

—Eres muy gracioso —dijo Joey con sarcasmo, lanzándole una mirada amenazante y endureciendo las facciones de su rostro—. ¿Quieres que te parta la cara? —Levantó un gran puño.

—Yo conozco a ese chaval —le dijo Mickey a Joey, señalando a

Pájaro—. Se cree muy gracioso.

Los dos chicos miraron a Pájaro, tratando de asustarlo.

Pájaro tragó saliva con dificultad y retrocedió un paso, chocando contra la grada.

—No —dijo suavemente—. No creo que sea muy gracioso.

—Se parece a algo que pisé ayer —dijo Joey.

Él y Mickey estallaron en carcajadas.

—Escuchad una cosa. De verdad que necesito la cámara —dijo Greg alargando una mano para cogerla—. En todo caso, no sirve. Está estropeada. Y no es mía.

—Sí, tiene razón. Está estropeada —agregó Michael, asintiendo con la cabeza.

—Sí, claro —dijo Mickey, sarcástico—. Vamos a ver.

De nuevo levantó la máquina y apuntó hacia Joey.

Greg se dio cuenta de que si hacían una foto con la máquina podrían descubrir su secreto: que sus fotos mostraban sólo las cosas malas que pasarían a la gente en el futuro, que la cámara era maligna, que tal vez incluso causaba el mal.

—Sonríe —le indicó Mickey a Joey.

—¡Dispara ya esa maldita cosa! —respondió Joey impaciente.

«No —pensó Greg—. No puedo dejar que eso pase. Tengo que devolver la cámara a la casa de Coffman, a Spidey.»

Impulsivamente, Greg brincó hacia delante. Con un grito, arrebató la cámara de las manos de Mickey.

—¡Eh, tío! —reaccionó Mickey, sorprendido.

—¡Vámonos! —gritó Greg a Michael y Pájaro.

Y sin más palabras, los tres amigos se dieron la vuelta y echaron a correr por el desierto campo de juego hacia sus casas.

Con el corazón golpeando en el pecho, Greg apretó con fuerza la cámara y corrió tan rápido como pudo, con sus zapatillas deportivas golpeando el césped seco.

«Nos van a pillar —pensó Greg, jadeando con fuerza mientras corría hacia la calle—. Nos van a pillar y a dar una buena paliza, y encima se van a quedar con la cámara. Estamos perdidos, perdidos.»

Greg y sus amigos no volvieron a mirar hasta que cruzaron la calle. Miraron hacia atrás, respirando ruidosamente, y gritaron de alivio, sorprendidos.

Joey y Mickey no se habían movido de las gradas. No los habían

perseguido. Estaban recostados, riendo.

—¡Ya os pillaremos luego, chavales! —les gritó Joey.

—Sí. Luego —repitió Mickey.

Ambos estallaron en risas de nuevo, como si hubieran dicho algo muy gracioso.

—Lo dicen de verdad —dijo Pájaro, preocupado—. Nos pillarán luego. Estamos perdidos.

—Bah, lo dicen para asustarnos —comentó Greg.

—Ah, ¿sí? —gritó Michael—. Entonces, ¿por qué hemos corrido de ese modo?

—Porque es la hora de la comida —bromeó Pájaro—. Nos vemos, chicos. Voy a llegar tarde.

—Pero la cámara —protestó Greg, sujetándola todavía en una mano.

—Es muy tarde —dijo Michael, pasándose una mano por entre el pelo rojo.

—Tendremos que hacerlo mañana, o después —convino Pájaro.

—Entonces, vendréis conmigo, ¿verdad? —preguntó Greg ansioso.

—Mmm... tengo que irme —dijo Pájaro sin responder.

—Yo también —dijo Michael rápidamente, evitando la mirada directa de Greg.

Los tres voltearon los ojos hacia el campo de juego. Joey y Mickey habían desaparecido. Probablemente habían ido a aterrorizar a otros chicos.

—Nos vemos luego —dijo Pájaro, dando una palmada a Greg en el hombro mientras se iba. Los tres amigos se separaron, corriendo en distintas direcciones a través de terrenos cubiertos de hierba y calles, hacia sus casas respectivas.

Cuando llegó ante el jardín de su casa, Greg recordó que se había metido la foto en el bolsillo de su tejanos.

Se detuvo en medio de la calle y la sacó.

El sol estaba descendiendo tras el garaje. Acercó la fotografía a los ojos para verla con claridad.

—¡Oh, no! —gritó—. ¡Es increíble!

24

—¡Esto es imposible! —gritó Greg en voz alta, mirando asombrado la instantánea en su mano temblorosa.

¿Cómo se había metido Shari en la foto?

La habían hecho unos minutos antes, frente a la gradería, en el campo de juego. Pero allí estaba Shari, de pie junto a Greg, muy cerca de él.

Con mano temblorosa, la boca abierta de incredulidad, Greg miró la foto con unos ojos desmesuradamente abiertos.

Era muy nítida. Estaban en el campo de juego. Podía ver el diamante de béisbol al fondo.

Y ahí estaban. Greg y Shari.

Shari de pie, totalmente reconocible, a su lado.

Y ambos miraban hacia delante, sus ojos y bocas abiertas de par en par, su expresión congelada de horror, cubiertos por una gran sombra.

—¿Shari? —gritó Greg, bajando la foto y lanzando una mirada al jardín delantero—. ¿Estás aquí? ¿Puedes oírme?

Escuchó.

Silencio.

Intentó de nuevo.

—¿Shari? ¿Estás aquí?

—¡Greg! —dijo una voz.

Greg lanzó un grito de sobresalto y se dio la vuelta.

—¡Greg! —dijo la voz de nuevo. Tardó un poco en darse cuenta de que era su madre, que lo llamaba desde la puerta.

—Ah, hola mamá. —Sorprendido, se metió la foto en el bolsillo.

—¿Dónde estabas? —le preguntó su madre mientras él caminaba hacia la puerta—. Ya me he enterado de lo de Shari. Vaya disgusto. No sabía dónde estabas.

—Lo siento mamá —dijo Greg, dándole un beso en la mejilla—. Hubiera... hubiera debido dejarte una nota.

Entró en la casa. Se sentía extraño y de mal humor, triste, confundido y asustado, todo a la vez.

Dos días después, una tarde cálida y bochornosa de nubes grandes y grises, Greg se paseaba de un lado a otro de su habitación, después del colegio.

No había nadie en casa, excepto él. Terry se había ido unas horas antes a su trabajo en el Dairy Freeze. La señora Banks había ido al hospital a recoger al padre de Greg, que finalmente regresaba a casa.

Aunque Greg se alegraba del regreso de su padre, no dejaba de sentirse preocupado por muchas cosas que seguían dándole vueltas en su mente.

¡Asustándolo!

La primera era que todavía no habían encontrado a Shari. La policía estaba completamente desconcertada. Su nueva teoría era que Shari había sido secuestrada.

Sus desesperados y afligidos padres esperaban en casa, junto al teléfono. Pero ningún secuestrador había llamado para pedir recompensa alguna.

No había pistas de ningún tipo.

Nada que hacer salvo esperar. Y confiar.

Con el paso de los días, Greg se sentía cada vez más culpable. Estaba seguro de que Shari no había sido secuestrada. Sabía que, de algún modo, la cámara la había hecho desaparecer.

Pero no podía decirle a nadie lo que pensaba.

Nadie le creería. Cualquier persona a quien le contara la historia pensaría que estaba loco.

Después de todo, las cámaras no pueden ser malvadas.

Las cámaras no pueden hacer caer a la gente por las escaleras. O estrellar su coche. O hacer que alguien desaparezca.

Las cámaras sólo pueden registrar lo que ven.

Greg miró fijamente a través de la ventana, con la frente apoyada contra el vidrio, hacia el jardín de Shari.

—Shari. ¿Dónde estás? —preguntó en voz alta, fijando su mirada en el árbol donde había posado.

La cámara todavía estaba escondida en el compartimiento secreto de la cabecera de su cama. Ni Pájaro ni Michael habían estado de acuerdo en ayudar a Greg a devolverla a la casa de Coffman.

Por otra parte, Greg había decidido conservarla un poco más de tiempo, para el caso de que la necesitara como prueba, si decidía confiar a alguien sus temores sobre ella.

Su otro temor era que Spidey regresara, que regresara a su cuarto a por la cámara.

Le daba mucho miedo.

Se alejó de la ventana. En los últimos días había pasado demasiado tiempo observando el jardín vacío de Shari.

Pensando... pensando.

Con un suspiro, metió la mano dentro de la cabecera y sacó dos de las fotos que había ocultado allí, junto a la cámara.

Las dos instantáneas eran las que había hecho el sábado anterior, en la fiesta de cumpleaños de Shari. Sostuvo una en cada mano las miró con detenimiento, deseando descubrir algo nuevo, algo que no hubiera observado antes.

Pero las fotos no habían cambiado. Todavía mostraban el árbol, el jardín verde con la luz del sol. Pero no a Shari. En ninguna aparecía Shari. Como si el objetivo hubiera penetrado a través de ella.

Al mirar las fotos, Greg dejó escapar un grito de angustia.

Si no hubiera entrado en la casa de Coffman.

Si no hubiera robado la cámara.

Si nunca hubiera hecho fotos con ella.

Si... si... si...

Se puso a romper las dos fotos en trozos muy pequeños, sin darse cuenta de lo que estaba haciendo.

Jadeando con fuerza, dejó caer los fragmentos en el suelo, se dejó caer boca abajo en su cama y cerró los ojos, esperando a que su corazón dejara de golpear, a que el pesado sentimiento de culpa y horror se disipara.

Dos horas más tarde sonó el teléfono que estaba junto a su cama.

Era Shari.

25

—Shari... ¿De verdad eres tú? —gritó Greg por el teléfono.

—¡Sí, soy yo! —Parecía tan sorprendida como él.

—Pero ¿cómo? O sea... —Su mente trabajaba a toda prisa. No supo qué decir.

—Tampoco yo tengo ni idea —le dijo Shari. Y luego añadió—: Espera un minuto.

Greg la oyó alejarse del teléfono, para hablar con su madre.

—Deja ya de llorar, mamá. Soy yo de verdad. He regresado.

Unos segundos después, volvió al teléfono.

—Hace dos horas que estoy en casa y mi madre aún no se ha tranquilizado y sigue llorando.

—Yo también siento ganas de llorar —admitió Greg—. ¡No... no puedo creerlo! Shari, ¿dónde has estado?

Se produjo un largo silencio.

—No sé —contestó ella finalmente.

—¿Qué?

—En realidad no lo sé. Fue tan raro, Greg. Yo estaba allí, en la fiesta de cumpleaños, y un minuto después me encontraba frente a mi casa. Y habían pasado dos días. Pero no recuerdo que me fuera ni haber estado en ningún sitio. No recuerdo absolutamente nada.

—¿No recuerdas haberte ido ni haber regresado? —preguntó Greg.

—No. Nada —dijo Shari con voz temblorosa.

—Shari, esas fotos que te hice con la extraña cámara. ¿Recuerdas? Eras invisible en ellas y...

—Y luego desaparecí —dijo ella, terminando la frase.

—Shari, ¿tú crees...?

—No sé —le interrumpió bruscamente—. Tengo que colgar. La policía está aquí. Quieren hacerme algunas preguntas. No sé qué decirles. Van a pensar que tuve un ataque de amnesia, que me caí, o algo por el estilo.

—No sé... —dijo Greg completamente desconcertado—. Tenemos que hablar. La cámara...

—Ahora no puedo —le dijo—. Quizá mañana, ¿de acuerdo?

Le dijo a su madre que ya iba.

—Adiós Greg. Nos vemos.

Y colgó.

Greg se sentó en el borde de la cama, sin poder apartar la mirada del teléfono que acababa de colgar.

Shari había regresado.

Había vuelto hacía dos horas.

Dos horas. Dos horas. Dos horas.

Miró el radiorreloj junto al teléfono.

Justamente dos horas antes había roto las fotos de la Shari invisible.

Su mente bullía con ideas disparatadas, ideas locas.

¿Había hecho regresar a Shari al romper las fotos?

¿Significaba esto que la cámara la había hecho desaparecer, que la cámara causaba todas las cosas terribles que revelaba en sus instantáneas?

Greg miró fijamente el teléfono un buen rato, pensando.

Sabía lo que debía hacer. Tenía que hablar con Shari. Y tenía que devolver la máquina de fotos.

La tarde siguiente encontró a Shari en el campo de juego. El sol flotaba en lo alto de un cielo sin nubes. Ocho o nueve chicos estaban absortos en el ruidoso tumulto de un partido de fútbol, corriendo de un lado a otro del campo abierto en el diamante de béisbol.

—¡Oye, te pareces a ti misma! —exclamó Greg, al tiempo que Shari corría hacia donde él se encontraba, junto a las gradas. Greg le pellizcó el brazo—. Sí, de verdad eres tú.

Ella no sonrió.

—Me encuentro bien —le dijo, frotándose el brazo—. Sólo que estoy desconcertada y cansada. Los policías me interrogaron durante horas. Y cuando al final se fueron, entonces empezaron mis padres.

—Lo siento —dijo Greg en voz baja, mirando sus zapatillas deportivas.

—Creo que mis padres piensan que en el fondo yo soy la culpable de haber desaparecido —dijo Shari, recostándose contra la gradería, sacudiendo la cabeza.

—Es culpa de la cámara —murmuró Greg. Levantó sus ojos hasta los de Shari—. La cámara es malvada.

Shari se encogió de hombros.

—Tal vez. No sé qué pensar. De verdad que no sé.

Greg le mostró la foto donde estaban ambos en el campo de juego, con mirada horrorizada, mientras la sombra se deslizaba sobre ellos.

—Qué extraño —exclamó Shari, estudiando la foto.

—Quiero devolver la cámara a la casa de Coffman —dijo Greg inquieto—. Puedo ir a casa ahora mismo y traerla. ¿Me ayudas? ¿Vienes conmigo?

Shari empezó a decir algo, pero se detuvo.

Ambos vieron la sombra oscura moverse, deslizarse hacia ellos rápida y silenciosamente por el césped.

Y luego vieron al hombre completamente vestido de negro, dirigiéndose hacia ellos con sus largas piernas.

¡Spidey!

Greg agarró la mano de Shari, congelada de miedo.

Al ver la sombra de Spidey que se dirigía hacia ellos, se quedaron paralizados de terror.

26

Greg se estremeció al darse cuenta de que la fotografía se estaba haciendo realidad.

Mientras que la oscura silueta de Spidey se movía hacia ellos como una tarántula negra, Greg cogió a Shari de la mano y tiró de ella.

—¡Corre! —gritó con una voz estridente que ni él mismo reconoció.

Eso bastó. Se echaron a correr, jadeando mientras atravesaban el césped hacia la calle. Sus zapatillas deportivas resonaban en el suelo a medida que llegaban a la acera y seguían corriendo. Greg se giró para mirar a Spidey, que acortaba distancias.

—¡Nos está alcanzando! —pudo gritar a Shari, que iba unos pasos delante de él.

Spidey, con el rostro aún oculto entre las sombras de su gorra de béisbol, se movía con sorprendente rapidez; sus largas piernas se levantaban muy alto mientras los perseguía.

—¡Nos va a pillar! —gritó Greg, sintiendo su pecho a punto de estallar—. Es muy... muy rápido.

Spidey se acercaba cada vez más, su sombra avanzaba con rapidez por el césped.

Más cerca.

Cuando el coche hizo sonar el claxon, Greg lanzó un grito.

Él y Shari se detuvieron en seco.

El claxon volvió a sonar.

Greg vio a un hombre joven conocido dentro de un pequeño coche descapotable. Era Jerry Norman, que vivía al otro lado de la

calle. Jerry bajó el cristal del coche.

—¿Ese hombre os está persiguiendo? —preguntó excitado. Sin esperar una respuesta, retrocedió con el coche hacia Spidey—. ¡Voy a llamar a la policía, señor!

Spidey dio media vuelta y se precipitó hacia el otro lado de la calle.

—Se lo advierto... —le gritó Jerry.

Pero Spidey había desaparecido tras un alto seto.

—¿Estáis bien, chicos? —preguntó el vecino de Greg.

—Sí, bien —consiguió responder Greg, todavía respirando fuertemente.

—Estamos bien. Gracias, Jerry —dijo Shari.

—He visto a ese hombre merodeando por el pueblo —dijo el joven, mirando a través del parabrisas hacia el seto—. Nunca pensé que fuera peligroso. ¿Queréis que llame a la policía?

—No, no hace falta —respondió Greg.

«Tan pronto como le devuelva su cámara dejará de perseguirnos», pensó Greg.

—Bueno, tened cuidado, ¿de acuerdo? —dijo Jerry—. ¿Queréis que os lleve a casa?

Examinó sus caras, tratando de descubrir si estaban muy asustados y si se encontraban mal.

Ambos negaron con la cabeza.

—Estamos bien —dijo Greg—. Gracias.

Jerry les advirtió una vez más que tuvieran cuidado y luego se marchó; las ruedas de su coche chirriaron cuando dio vuelta a la esquina.

—Estuvimos cerca —dijo Shari mirando el seto—. ¿Por qué nos perseguía Spidey?

—Pensaría que yo tenía la máquina. Quiere que se la devuelva —le dijo Greg—. Tenemos que vernos mañana, ¿de acuerdo? Frente a la casa de Coffman. ¡Ayúdame!

Shari lo miró sin responder, con expresión reflexiva y cautelosa.

—Hasta que devolvamos la máquina, todos nosotros estaremos en peligro —insistió Greg.

—De acuerdo —dijo Shari en voz baja—. Mañana.

27

Algo se movió entre las altas hierbas del césped sin podar.

—¿Qué ha sido eso? —dijo Shari, cuchicheando a pesar de que no había nadie alrededor—. Era demasiado grande para ser una ardilla.

Caminó despacio detrás de Greg, quien se detuvo a mirar la casa de Coffman.

—Tal vez era un mapache —le dijo Greg. Sostuvo la cámara con fuerza entre sus manos.

Eran algo más de las tres de la tarde del día siguiente. Montañas de oscuras nubes amenazando con lluvia atravesaban el cielo, extendiéndose tras la casa y proyectando en ella su sombra.

—Va a haber tempestad —dijo Shari, que permanecía detrás de Greg, muy cerca—. Acabemos con esto cuanto antes.

—Buena idea —dijo Greg, dando un vistazo al cielo oscuro.

Algunos truenos sonaron a lo lejos, con un suave rugido.

Los viejos árboles esparcidos por el jardín susurraron y se sacudieron.

—No podemos entrar corriendo —le dijo Greg, mirando el cielo encapotado—. Primero tenemos que asegurarnos de que Spidey no está aquí.

Abriéndose paso rápidamente por entre el alto césped y las hierbas, se detuvieron frente a la ventana de la sala y se asomaron. Los truenos retumbaban a lo lejos. Greg creyó ver otra figura huyendo entre las hierbas, hacia una esquina de la casa.

—Esto se está poniendo muy oscuro. Casi no veo nada —se quejó Shari.

—Comprobemos en el sótano —sugirió Greg—. Ahí es donde Spidey está siempre, ¿recuerdas?

El cielo siguió oscureciéndose, adquiriendo un misterioso tono verde grisáceo mientras ellos avanzaban hacia el fondo de la casa y se arrodillaban para asomarse a través de las ventanas del sótano que estaban al nivel del suelo.

A través del cristal cubierto de polvo, podían ver la mesa provisional que Spidey había hecho, el armario contra la pared, con sus puertas todavía abiertas, las coloridas y viejas vestiduras revueltas, las cajas de comida congelada vacías y esparcidas por el suelo.

—No hay rastro de él —susurró Greg, apretando la cámara en su brazo como si fuera a escapar si no la sostenía con fuerza—. Vamos.

—¿Estás... seguro? —balbuceó Shari. Quería ser valiente. Pero la espantosa idea de haber desaparecido dos días, totalmente desvanecida, quizá por culpa de la cámara, aún permanecía firme en su mente.

«Michael y Pájaro son unos gallinas», pensó, aunque tal vez eran más inteligentes.

Deseó que todo eso hubiera acabado.

Unos segundos más tarde, Greg y Shari empujaron la puerta de entrada y la abrieron. Penetraron en la oscuridad del corredor principal. Se detuvieron.

Luego escucharon.

De pronto les sobresaltó un fuerte y repentino estruendo, justamente detrás de ellos.

28

Shari fue la primera en recuperar la voz.

—¡Es la puerta! —gritó—. El viento...

Una ráfaga había hecho golpear la puerta.

—Salgamos de aquí —susurró Greg, agitado.

—No hubiéramos debido venir a esta casa ni la primera vez —cuchicheó Shari, mientras avanzaban de puntillas por el oscuro corredor hacia las escaleras del sótano.

—Es un poco tarde para eso —rezongó Greg.

Empujó la puerta de las escaleras del sótano y se detuvo de nuevo.

—¿Qué es ese estrépito de allí arriba?

La expresión de Shari reflejó temor al escuchar un golpe repetido, casi rítmico.

—¿Postigos? —sugirió Greg.

—Sí —convino Shari rápidamente, dando un suspiro de alivio—.

Hay muchos sueltos, ¿recuerdas?

La casa entera parecía gemir.

Los truenos retumbaban fuera, ahora más cerca.

Se detuvieron en el rellano y esperaron a que sus ojos se acomodaran a la oscuridad.

—¿No podríamos dejar la cámara aquí arriba y echar a correr? —preguntó Shari, más como una súplica que como una pregunta.

—No. Quiero devolverla —insistió Greg.

—Pero Greg... —Shari tiró con fuerza del brazo de su amigo, que empezaba a bajar las escaleras.

—¡No! —Apartó el brazo—. ¡Estuvo en mi habitación, Shari! La

puso patas arriba para buscarla. Quiero que la encuentre donde estaba. Si no la encuentra, volverá a mi casa. ¡Seguro!

—Está bien. Está bien. Démonos prisa.

Dentro del sótano había más claridad porque las cuatro ventanas a nivel del suelo filtraban una luz gris. Fuera, el viento se arremolinaba y golpeaba los cristales. Un pálido destello de rayo hizo aparecer y desaparecer las sombras en la pared del sótano. La vieja casa gimió, como si se sintiera infeliz con la tormenta.

—¿Qué ha sido eso? ¿Pasos? —Shari se detuvo en medio del sótano y escuchó.

—Es sólo la casa —insistió Greg. Pero el tono de su voz revelaba que estaba tan asustado como su compañera, y también se detuvo para escuchar.

Bang. Bang. Bang.

El postigo de arriba continuaba con sus golpes rítmicos.

—¿Dónde encontraste la cámara? —susurró Shari, siguiendo a Greg hacia el muro lejano que partía desde el horno con sus tubos llenos de telarañas como ramas pálidas de un árbol.

—Por aquí —le dijo Greg. Se detuvo ante la mesa de trabajo y alcanzó el torno que estaba en el borde—. Cuando di vuelta al torno se abrió una puerta. Era una especie de repisa escondida. Fue ahí donde...

Movió el torno.

La puerta de la repisa secreta se abrió de nuevo.

—Bien —murmuró lleno de excitación, y sonrió a Shari.

Introdujo la cámara en el compartimiento y luego empujó la puerta para cerrarla.

—Vámonos de aquí.

Se sintió ligero, aliviado.

Oyeron crujidos, pero a Greg ya no le importó.

Otro destello de un relámpago, esta vez más brillante, como el flas de una cámara, reflejó sombras titilantes en la pared.

—Vamos —susurró. Pero Shari ya marchaba delante de él, abriéndose paso cuidadosamente entre las cajas de comida tiradas por todas partes, apresurándose hacia las escaleras.

Estaban en medio de ellas, Greg un paso detrás de Shari, cuando Spidey salió a la luz en el rellano, bloqueándoles el paso.

29

Greg parpadeó y sacudió la cabeza, como si pudiera alejar la imagen de la figura que lo miraba siniestramente.

—¡No! —gritó Shari, y retrocedió cayendo sobre Greg.

Él se agarró de la barandilla, olvidando que ésta había cedido ante el peso de Michael durante su primera y desdichada visita a la casa. Afortunadamente, Shari recuperó el equilibrio antes de que cayeran rodando.

Un relámpago brilló detrás de ellos, enviando un destello de luz blanca por la escalera. Pero la inmóvil figura continuó en el rellano, delante de ellos, envuelta en la oscuridad.

—¡Déjenos salir! —consiguió gritar finalmente Greg, recuperando su voz.

—Sí. ¡Hemos devuelto su cámara! —agregó Shari con voz chillona y asustada.

Spidey descendió un escalón hacia ellos, y luego otro, sin contestar.

Greg y Shari fueron retrocediendo peligrosamente hasta el suelo del sótano.

Las escaleras de madera gimieron en protesta mientras la figura descendía lentamente y con firmeza. Cuando llegó al suelo del sótano, un rayo arrojó una luz azul sobre él, y Shari y Greg pudieron ver su rostro por primera vez.

Durante el breve destello de color, vieron que era viejo, mucho más viejo de lo que habían imaginado. Tenía los ojos pequeños y redondos como canicas oscuras, y la boca también era pequeña y estaba arrugada en un apretado y amenazante gesto.

—Hemos devuelto la cámara —dijo Shari, mirando con temor a Spidey mientras éste se acercaba—. ¿Nos podemos ir ahora, por favor?

—Déjame ver —dijo Spidey. Su voz parecía más joven que su rostro, más cálida que sus ojos—. Venid.

Ellos dudaron. Pero él no les dejó más opción.

Guiándolos por el desordenado suelo hacia la mesa de trabajo, colocó su mano como una araña alrededor del torno y lo giró. Al abrirse la puerta, sacó la cámara y la acercó a su rostro para examinarla.

—No hubierais debido cogerla —les dijo en voz baja, dando vueltas entre sus manos a la cámara.

—Lo sentimos —dijo Shari rápidamente.

—¿Nos podemos ir ya? —preguntó Greg, acercándose al borde de las escaleras.

—No es una máquina cualquiera —dijo Spidey levantando sus pequeños ojos y dirigiéndolos hacia ellos.

—Ya lo sabemos —dijo Greg, indiscreto—. Las fotos que saca son...

Los ojos de Spidey se agrandaron y su rostro adquirió una expresión furiosa.

—¿Hicisteis fotos con ella?

—Sólo unas pocas —dijo Greg, arrepintiéndose inmediatamente de haber abierto la boca—. No salieron bien. De verdad.

—Entonces ya sabéis lo de la máquina —dijo Spidey moviéndose con rapidez hacia el centro del sótano.

Greg se preguntó si estaría tratando de impedir su huida.

—Tal vez está estropeada —dijo Greg con inseguridad, metiéndose las manos en los bolsillos de los tejanos.

—No está estropeada —dijo en voz baja la alta y oscura silueta—. Es malvada.

Hizo un gesto hacia la mesa.

—Sentaos ahí.

Shari y Greg intercambiaron miradas. Luego, de mala gana, se sentaron en el borde del tablero, tiesos y nerviosos, con sus miradas dirigidas hacia la escalera, hacia el escape.

—La máquina es malvada —repitió Spidey, de pie junto a ellos, sosteniéndola con ambas manos—. Lo sé mejor que nadie. Yo ayudé

a crearla.

—¿Es usted un inventor? —preguntó Greg mirando a Shari, quien se pasaba nerviosamente la mano por su cabello negro.

—Soy un científico —contestó Spidey—. Mejor dicho, fui un científico. Mi nombre es Fredericks. Doctor Fritz Fredericks.

Cambió la cámara de una mano a la otra.

—Mi compañero de laboratorio inventó esta cámara. Era su orgullo y su alegría. Además podría haberle proporcionado una fortuna. Podría haberlo hecho. —Hizo una pausa, y en su rostro apareció una expresión meditabunda.

—¿Qué pasó con él? ¿Murió? —preguntó Shari, que seguía jugueteando nerviosamente con su pelo.

El doctor Fredericks sonrió con sorna.

—No. Peor. Robé su invento. Robé los planos y la máquina. Yo era joven y codicioso, muy codicioso. Y la robé para conseguir fortuna.

Hizo otra pausa, mirándolos como si esperara que dijeran algo, que hicieran un gesto de desaprobación, quizá. Pero como Greg y Shari permanecieron en silencio, mirándolo desde la mesa, continuó su historia.

—Cuando robé la cámara, esto sorprendió a mi compañero. Por desgracia desde entonces todas las sorpresas fueron más. —Una extraña, triste y torcida sonrisa se dibujó en su envejecido rostro—. Como verán, mi compañero era mucho más malvado que yo.

El doctor Fredericks se puso a toser, tapándose la boca con la mano, y luego empezó a pasearse frente a Greg y Shari mientras hablaba suave y lentamente, como recordando la historia por primera vez en mucho tiempo.

—Mi compañero era realmente malvado. Era aficionado a las artes ocultas. A decir verdad no era un simple aficionado sino casi un maestro. —Alzó la cámara, moviéndola sobre su cabeza, y luego la bajó—. Mi compañero maldijo la máquina. Quería asegurarse de que si no podía sacar provecho de ella, nadie pudiera hacerlo. Así que la maldijo.

Dirigió su mirada hacia Greg.

—¿Sabes por qué le temen a la cámara algunos ingenuos? Porque creen que si se fotografían con la cámara, ella les robará el alma. —Dio un par de palmadas a la máquina—. Bueno, en realidad

esta cámara sí roba almas.

Greg miró a la máquina y se estremeció.

La cámara había robado a Shari.

¿Podría haber robado las almas de todos ellos?

—Algunas personas han muerto por culpa de esta máquina —dijo el doctor Fredericks, exhalando un lento y triste suspiro—. Personas cercanas a mí. Fue así como me enteré de la maldición. Y luego me enteré de algo igualmente espantoso: la cámara no puede ser destruida.

Tosió y se aclaró la garganta, haciendo mucho ruido, y luego continuó paseándose frente a ellos.

—Así que prometí guardar el secreto de la cámara. Alejarla de la gente para que no pueda hacer maldades. Perdí mi trabajo, perdí mi familia. Lo perdí todo por su culpa. Pero estoy decidido a mantener la cámara donde no pueda hacer daño a nadie.

Detuvo su caminata, de espaldas a ellos. Permaneció en silencio, con los hombros encogidos, sumido en sus pensamientos.

Greg bajó de la mesa e indicó a Shari que hiciera lo mismo.

—Bueno... Creo que ha sido buena cosa haberla devuelto —dijo vacilante. Sentimos haber causado tantos problemas.

—Sí, lo sentimos mucho —repitió Shari con sinceridad—. Creo que ha vuelto a las manos adecuadas.

—Hasta luego —dijo Greg dirigiéndose hacia las escaleras—. Es un poco tarde y...

—¡No! —gritó el doctor Fredericks, asustándolos. Se movió con rapidez y bloqueó la salida—. Me temo que no podéis iros. Sabéis demasiado.

30

—No puedo dejaros marchar —dijo el doctor Fredericks; su cara titilaba en el destello azul de un relámpago. Cruzó sus huesudos brazos sobre su suéter negro.

—No le diremos nada a nadie —dijo Greg con un tono de voz que convirtió sus palabras en una súplica—. De verdad.

—Su secreto está a salvo con nosotros —insistió Shari, mirando asustada a Greg.

El doctor Fredericks los miró amenazante, pero no respondió.

—Puede confiar en nosotros —dijo Greg con voz temblorosa. Dirigió una mirada de terror a Shari.

—Además —dijo Shari—, aunque contáramos lo de la cámara, nadie nos creería.

—¡Basta! —dijo con brusquedad el doctor Fredericks—. No me vais a convencer. He trabajado mucho y durante mucho tiempo para guardar el secreto de la cámara.

Una ráfaga de viento chocó contra las ventanas, produciendo un aullido. El viento arrastró el tamborileo de la lluvia. A través de las ventanas del sótano, el cielo se veía negro como la noche.

—¡No puede dejarnos aquí para siempre! —gritó Shari con una voz que progresivamente reflejaba el terror que sentía.

El viento golpeaba las ventanas con un continuo aguacero.

El doctor Fredericks se irguió y pareció mucho más alto. Sus diminutos ojos ardían en los de Shari.

—Lo siento —dijo, y su voz parecía un lamento—. Lo siento mucho. Pero no tengo otra opción.

Avanzó otro paso hacia ellos.

Greg y Shari intercambiaron miradas aterrorizadas. Desde donde estaban, frente a la mesa baja en el centro del sótano, las escaleras parecían estar a cientos de kilómetros de distancia.

—¿Qué... qué va a hacer? —gritó Greg mientras un trueno hacía temblar las ventanas del sótano.

—¡Por favor! —suplicó Shari—. ¡No...!

El doctor Fredericks avanzó con sorprendente velocidad. En una mano sostenía la cámara y con la otra agarró el hombro de Greg.

—¡No! —gritó Greg—. ¡Suélteme!

—¡Déjelo! —gritó Shari.

De repente observó que el doctor Fredericks tenía las dos manos ocupadas.

«Ésta puede ser mi única oportunidad», pensó Shari.

Respiró profundamente y se abalanzó hacia ellos.

El doctor Fredericks lanzó un grito de sorpresa al tiempo que Shari cogía la cámara con ambas manos e intentaba quitársela. Él hizo un desesperado intento por retener la máquina y Greg quedó libre.

Antes de que el desesperado hombre pudiera dar otro paso, Shari levantó la cámara hasta sus ojos y dirigió el objetivo hacia él.

—¡No, por favor! ¡No oprimas el botón! —gritó el hombre, que avanzó dando tumbos y agarró la cámara con ambas manos.

Greg miró horrorizado, mientras Shari y el doctor Fredericks pugnaban desesperadamente por hacerse con la máquina.

¡Un destello!

Un brillante destello sorprendió a todos.

Shari tomó la cámara.

—¡Corre! —gritó.

31

El sótano se convirtió en un torbellino de manchas grises y negras mientras Greg y Shari corrían hacia las escaleras sorteando cajas de comida, latas y botellas vacías.

La lluvia tronó contra los cristales. El viento aulló, empujándolos. Oían perfectamente los angustiosos gritos del doctor Fredericks tras ellos.

—¿Ha hecho nuestra foto o la suya? —preguntó Shari.

—No lo sé. ¡Pero date prisa! —gritó Greg.

El hombre aullaba como un animal herido; sus gritos competían con la lluvia y el viento, golpeando las ventanas.

Las escaleras no estaban tan lejos, pero les parecía que tardaban una eternidad en alcanzarlas.

Una eternidad.

«Una eternidad —pensó Greg—. El doctor Fredericks quería mantenerlos allá abajo por toda la eternidad.»

Por fin, jadeando fuertemente, alcanzaron las oscuras escaleras. Un trueno ensordecedor los hizo detenerse y girar la cabeza.

—¿Qué? —gritó Greg.

Para su sorpresa, el doctor Fredericks no los perseguía.

Sus angustiados gritos habían cesado.

El sótano estaba en silencio.

—¿Qué pasa? —gritó Shari, sin aliento.

Entrecerrando los ojos para ver mejor en la oscuridad, Greg descubrió que la negra y contrahecha figura, tumbada en el suelo frente a la mesa de trabajo, era el doctor Fredericks.

—¿Qué ha sucedido? —gritó Shari, con la respiración

entrecortada. Con la cámara agarrada por la correa, miró sorprendida el cuerpo inmóvil del hombre tendido en el suelo.

—No lo sé —contestó Greg, susurrando sin aliento.

De mala gana, Greg empezó a retroceder hacia el doctor Fredericks. Shari se acercó también y lanzó un grito de horror cuando vio con claridad el rostro del hombre tendido.

Los ojos desorbitados, la boca abierta en un rictus de terror. Muerto.

El doctor Fredericks estaba muerto.

—¿Qué... qué ha pasado? —consiguió decir finalmente Shari, tragando saliva, esforzándose por apartarse del espantoso y torturado rostro.

—Creo que ha muerto de miedo —dijo Greg, apretándole el hombro sin darse cuenta.

—¿De miedo?

—Sabía mejor que nadie lo que la cámara podía hacer —dijo Greg—. Cuando hiciste su foto... ¡Creo... creo que lo mataste de miedo!

—Sólo quería hacerle bajar la guardia —dijo Shari—. Sólo quería encontrar una oportunidad para escapar. No pensé que...

—La foto —interrumpió Greg—. Veamos la foto.

Shari levantó la cámara. La foto todavía estaba dentro. Greg tiró de ella con mano temblorosa. La levantó para que ambos pudieran verla.

—¡Qué espanto! —exclamó en voz baja.

La foto mostraba al doctor Fredericks tirado en el suelo con los ojos desorbitados y la boca abierta en un gesto de horror.

El miedo del doctor Fredericks, se dio cuenta Greg, el miedo que lo había matado, estaba allí, congelado en la película, congelado en su rostro.

La cámara se había cobrado otra víctima. Esta vez para siempre.

—¿Qué hacemos ahora? —preguntó Shari, mirando el cuerpo derribado a sus pies.

—Primero voy a devolver la cámara —dijo Greg, quitándosela de la mano e introduciéndola de nuevo en la repisa. Dio vuelta al torno y la puerta del compartimiento secreto se cerró.

Greg dio un suspiro de alivio. Esconder la espantosa cámara le hacía sentir mucho mejor.

—Ahora vamos a casa y llamemos a la policía —dijo.

Dos días más tarde, un fresco y brillante día con una agradable brisa que hacía susurrar los árboles, los cuatro amigos se detuvieron en la acera, apoyándose en sus bicicletas, y miraron la casa de Coffman. Incluso en la brillante luz del día, los viejos árboles que rodeaban la casa la cubrían de sombra.

—¿Entonces no le contaste a la policía lo de la cámara? —preguntó Pájaro, mirando la ventana oscura y vacía.

—No, no lo habrían creído —le dijo Greg—. Además, la cámara debe permanecer bajo llave para siempre. ¡Para siempre! Espero que nadie la descubra de nuevo.

—Le dijimos a la policía que habíamos entrado a la casa para protegernos de la lluvia —agregó Shari—, que habíamos empezado a explorarla mientras pasaba la tormenta, y que encontramos el cuerpo en el sótano.

—¿De qué murió Spidey? —preguntó Michael, mirando fijamente la casa.

—La policía dijo que había sido un paro cardíaco —contestó Greg—. Pero nosotros sabemos la verdad.

—No me cabe en la cabeza que una vieja cámara pudiera hacer tanto daño —dijo Pájaro.

—Pues yo lo creo —dijo Greg en voz baja.

—Vámonos de aquí —urgió Michael, poniendo en marcha su bicicleta—. Este sitio me produce escalofríos.

Los otros tres lo siguieron, pedaleando en silencio, meditabundos.

Habían dado vuelta a la esquina y se dirigían a la siguiente manzana, cuando dos figuras emergieron de la puerta posterior de la casa de Coffman. Joey Ferris y Mickey Ward salieron del patio cubierto de hierbas hacia la calle.

—Esos son tontos de remate —le dijo Joey a su compañero—. Ni siquiera nos vieron el otro día cuando los espiábamos a través de las ventanas del sótano.

Mickey se echó a reír.

—Sí. Son muy tontos.

—Fueron incapaces de esconder la cámara sin que los viéramos

—dijo Joey. Levantó la máquina y la examinó.

—Hazme una foto —pidió Mickey—. Vamos a probarla.

—Sí. De acuerdo.

Joey levantó el visor hasta sus ojos.

—¡Sonríe!

Un golpecito seco. Un destello. Un chirrido.

Joey tiró de la instantánea, y los dos muchachos se inclinaron ansiosos en torno a la foto para ver la imagen revelada.

Fin